Cuatro sermones sobre el Anticristo

JOHN H. NEWMAN

Cuatro Sermones sobre el Anticristo

La Idea Patrística del Anticristo
en cuatro sermones

Ediciones del Pórtico
1999

Traducción, Prólogo y Notas
P. Carlos A. Baliña

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN N° 987-96229-4-4

Prólogo

Más de ciento sesenta años han transcurrido desde que, en el Adviento del año 1835, John Henry Newman, entonces vicario anglicano de Saint Mary The Virgin, la parroquia universitaria de Oxford, sorprendiera a sus feligreses pronunciando durante cuatro domingos consecutivos los sermones cuya versión castellana tenemos el gusto de presentar, según creemos, por vez primera.

¿Cuál ha sido el propósito del autor al pronunciar primero y publicar luego la presente obra? Una primera respuesta sería que, como lo expresa el título mismo quiso simplemente realizar una pintura de la figura del Anticristo tal cual se desprende de los escritos de los Padres de la Iglesia. Dada la reconocida versación de Newman en los temas relacionados con la patrística y la historia de la Iglesia, este solo hecho otorgaría gran valor a estos sermones, sobre todo teniendo en cuenta que la labor de Newman no se limita a un mero trabajo de inventario o de concordia de textos patrísticos. Por el contrario a la manera del escriba docto del Reina de los Cielos, él va a sacar de su tesoro lo nuevo y lo viejo, aplicando las intuiciones de los Padres a la realidad que lo circunda y proyectando a su vez su propia luz profética hacia los tiempos futuros y tenebrosos que ve avecinarse. El tiempo transcurrido o ha restado actualidad a las palabras de Newman sino que, por el contrario, ha corroborado buena parte de sus anticipaciones.

Sin embargo, esta respuesta dista mucho de ser satisfactoria, puesto que en definitiva no responde a la pregunta fundamental que el lector puede y debe hacerse al comenzar la lectura de la presente obra: ¿Qué motivó a Newman a encarar y desarrollar tan extraño tema, por decir lo menos, tan alejado de las preocupaciones homeléticas de los predicadores modernos? ¿Qué llevó a nuestro autor, tan conocido por su equilibrio y sobriedad,a encarar un tema en general asociado con iluminados y sectas apocalípticas, propias de este fin de siglo que nos toca vivir?

Para responder a esto es imprescindible dar un encuadre adecuado de estos escritos y, sobre todo, de la temática apocalíptica en el contexto general de la obra del Cardenal Newman. Para ello no apoyaremos en el juicio de el eminente teólogo francés Luis Bouyer, recientemente fallecido, gran conocedor de Newman y estrechamente vinculado con la temática newmaniana, hasta el punto de deberle su conversión a la Iglesia Católica desde el protestantismo. En su biografía de Newman, al referirse a los aspectos esenciales del movimiento el Oxford[1], Bouyer destaca que “aquel aspecto que podría calificarse atrevidamente de apocalíptico” es “tal vez el rasgo más profundo del movimiento de Oxford”. Y continúa: “Todos los hombres del movimiento, y Newman más que todos ellos, han tenido la sensación de vivir en una época decisiva de la historia. El conflicto en el cual se habían visto entreverados les había parecido desde el comienzo algo que superaba por mucho las cuestiones inmediatamente en juego. No es suficiente decir que detrás del asunto de la supresión de las sedes de Irlanda ellos viesen el problema mucho más grave de la naturaleza de la Iglesia, y de los derechos y de los deberes que allí resultan para sus miembros y sus ministros. Su época les parecía la hora de un despertar de las potencias del mal, predicha explícitamente por la Sagrada Escritura. En el liberalismo burgués ellos vislumbraban, y Newman sobre todo -que no dejó de denunciar esto hasta su último aliento-, un esfuerzo posiblemente supremo de las potencias del mal por evacuar del mundo las energías salvadoras de la Cruz.”

“Sin condenar absolutamente los poderes establecidos, sin castigar con una reprobación sin matices las realizaciones de la humanidad moderna, ellos estaban convencidos de que estos poderes, volens nolens, le hacen el juego a Satán, que sus accomplishments son una trampa donde el espíritu de orgullo se apresta a hacer tropezar al hombre cuya fe flaquea. Ellos estaban por lo tanto penetrados por la idea de que este mundo es un mundo en espera, cuya disolución puede ser repentina; que Cristo, de un momento a otro, puede venir, juzgar y condenar. Todo objeto del esfuerzo humano que no conduzca a comprometerse por Cristo es parece pues fútil.”

---

1. Movimiento religioso surgido en el seno del anglicanismo en la primera mitad del siglo XIX, de tendencia católica y antiprotestante. Fue liderado por varios fellows de los colegios de Oxford, entre los que podemos mencionar a Newman, Keble, Froude y Pusey, como sus cabezas conductoras.

“Es demasiado poco decir que los sermones de Oxford expresan una tal visión de las cosas. Esta visión es más bien el marco en el cual ellos ubican todas las cosas de las que pueden hablar. Para Newman, el hecho de que la revelación ya comenzada de los poderes del Anticristo prepara una revelación, insólita, del Reino de Cristo, no es solamente una evidencia en otras, sino que constituye la evidencia de base.”[2]

La densidad y profundidad de los juicios de Bouyer permiten, por tanto, entender la centralidad que tiene la meditación sobre el fin de los tiempos en la cosmovisión de Newman. Por lo tanto, y para responder a nuestra interrogante, estos sermones no constituyen una curiosidad en la obra de nuestro autor, sin más bien la primera explicitación de una temática que la acompañará durante toda su vida.

Procuraremos ahora señalar algunos aspectos de la concepción newmaniana de la teología de la historia. Una primera característica, esencial, de la misma es el vigoroso rechazo de toda clase de visión profana de la historia. Para Newman todo suceso histórico es providencial, casi sacramental diríamos, y forma parte de un designio divino anterior a la misma existencia de la historia. En sus propias palabras: “No deja de ser provechoso tener en cuenta que todavía nos encontramos en lo que puede sser llamado un sistema milagroso. No quiero decir que verdaderos milagros estén actualmente ocurriendo todos los días, sino que nuestro presente estado de cosas forma parte de un curso providencial, que comenzó en forma milagrosa y que, al fin de los tiempos, si no antes, culminará milagrosamente.”[3]

En segundo lugar, Newman no concibe el desarrollo histórico de un modo lineal, sino que ve en éste una estructura mucho más compleja, con anticipaciones y prefiguraciones, no sólo en el tiempo anterior a Cristo, sino también en los tiempos que corren hasta su Segunda Venida. “En realidad todo acontecimiento de este mundo es tipo de aquellos que lo seguirán; la historia avanza en un círculo siempre creciente.”[4] *Newman incorpora de este modo la noción bíblica y patrística de tipo y antitipo, o sea la representación de un suceso lejano y arcano (anticipo) por medio de otro próximo y conocido (tipo). Así, citando a Teodoreto de Ciro: “Habiendo hablado de Antíoco Epífanes, el profeta pasa de la figura al Anticipo, puesto que el Anticipo de Antíoco es el Anticristo, y la figura del Anticristo es Antíoco.”*[5]

En tercer lugar, el Cardenal Newman tenía clara conciencia del proceso de descristianización de los tiempos modernos. Así, en un sermón predicado con motivo de la apertura del Seminario Católico de Olton, el 2 de octubre de 1873, pronunció las siguientes palabras: “Sé que todos los tiempos son peligrosos, y que en todas las épocas las mentes serias, preocupadas, atentas al honor de Dios y a las necesidades del hombre, son proclives a pensar que ninguna época ha sido tan peligrosa como la propia. En todo tiempo el enemigo de las almas asalta con furia a la verdadera Madre de ellas, la Iglesia, y aún cuando fracase en hacer daño no por eso deja de amenazar y atemorizar. Y todos los tiempos tienen su pruebas especiales, que otras épocas no tienen, Inclusive admitiré que hubo en otros tiempos peligros específicos para los cristianos que no existen actualmente, sin lugar a dudas. Sin embargo, aún admitiendo esto, pienso que las pruebas que tenemos por delante son tales que habrían espantado y confundido corazones tan valerosos como los de San Atanasio, San Gregorio I, o San Gregorio VII. Y que ellos confesarían que, por más oscura que haya sido la perspectiva de sus respectivas épocas, la nuestra posee una oscuridad de un género diferente a cuanto haya existido antes.”

“El peligro especial de los tiempos delante nuestro es el despliegue de la plaga de la infidelidad, que los Apóstoles y Nuestro Señor han predicho como la mayor calamidad de los últimos tiempos de la Iglesia. Y por lo menos una sombra, una imagen típica de dicha época se cierne sobre el mundo. No pretendo afirmar que éste sea el tiempo último, sino que tiene perversa prerrogativa de ser semejante a esa terrible época, en la cual se dice que los mismos elegidos se encontrarán en peligro de apostatar.”[6]

2. Newman. Sa vie, Sa spiritualité, Louis Bouyer, Ed. Du Cerf, 1952.
3. Ver más adelante “La Religión del Anticristo”, p. 15.
4. Ver más adelante “El tiempo del Anticristo”, p. 7.
5. Ver más adelante “El tiempo del Anticristo”, p. 7.
6. The Infidelity of the Future, Catholic Sermons of Cardenal Newman, Burns & Oates, Londres,, 1957.

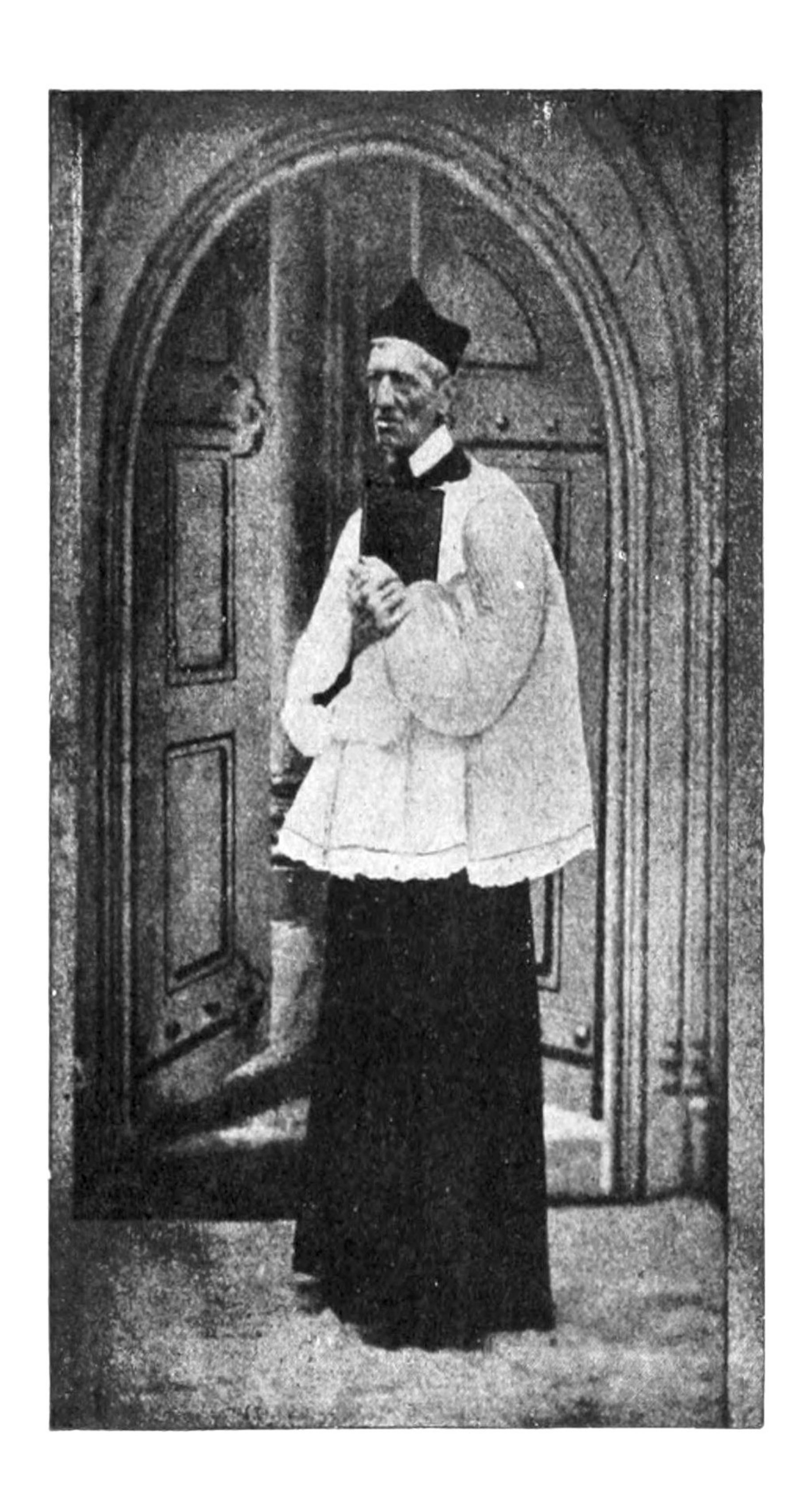
Por última, y en íntima conexión con lo que acabamos de citar, destaquemos que uno de los rasgos más sorprendentes de la esjatología newmaniana es su clara percepción de lo que podríamos llamar "la sacralidad del poder político", o sea, de la misteriosa conexión que existe entre lo político, en el sentido más elevado de la palabra, y lo teológico. Esta relación tiene un aspecto evidente, como es el de la confesionalidad del Estado y su clara vinculación con la religiosidad del pueblo. Citemos por ejemplo emblemático algunas palabras de su alocución al recibir el Biglietto, que le anoticiaba su elevación al cardenalato: " Hasta ahora el poder civil ha sido cristiano. Aún en países separados de la Iglesia, como el mío, el dicho en vigor era, cuando yo era joven: "El cristianismo es la ley del país". Ahora, en todas partes,esa excelente estructura de la sociedad, que es la creación del cristianismo, está echando fuera al cristianismo. El dicho al que me refiero, como cientos de otros que le siguen, se ha ido, o se está yendo, de todas partes, y para fin del siglo, a menos que el Todopoderoso interfiera, habrá sido olvidado. Hasta ahora se ha considerado que la religión sola, con sus sanciones sobrenaturales, era suficientemente fuerte para asegurar la sumisión de las masas de nuestra población a la ley y el orden; ahora los filósofos y los políticos se pliegan a satisfacer este problema sin la ayuda del cristianismo (…) El carácter general de esta "gran apostasía" es único y el mismo en todas partes, pero en detalle y características varía según los diferentes países (…) Jamás el Enemigo ha planeado una estrategia más inteligente y con tanta probabilidad de éxito."[7]

Pero hay un aspecto mucho más sutíl, de índole incluso esjatológica, en esta cuestión de la sacralidad del orden político. Siguiendo a la gran mayoría de los Padres, Newman considera que el Imperio romano es el obstáculo que retiene la manifestación del Anticristo, tal como San Pablo lo expone en el capítulo segundo de la segunda epístola a los Tesalonicenses. Pero, ¿cómo puede ser esto si el Imperio romano hace siglos que ya no existe? Pues bien, para Newman, coincidiendo en esta apreciación con numerosos exégetas antiguos y modernos, incluido nuestro Leonardo Castellani, el Imperio romano subsiste en lo que podríamos denominar el Orden Romano. En palabras del mismo Newman: "En respuesta a esta objeción, concederé que aquel "que lo retiene" o "detiene", significa el poder de Roma, pues todos los antiguos escritores así lo han entendido (…) no es claro que el Imperio Romano haya pasado. Lejos de esto, desde el punto de vista profético, el Imperio Romano permanece aún hasta nuestros días (…) En este preciso momento, un recio combate tiene lugar entre el espíritu del Anticristo que trata de emerger y el poder político, en aquellos países que, proféticamente romanos, firme y vigorosamente lo reprimen (…) La presente organización de la sociedad y del gobierno, mientras sea representativa del poder romano, es aquello que lo retiene, y el Anticristo es aquél que surgirá cuando este obstáculo desfallezca."[8]

Creemos que todo lo dicho alcanza para darnos cuesta de que, pese al tiempo transcurrido, la palabra de Newman no ha perdido vigencia. Sus vaticinios hallan una casi cotidiana confirmación en la vertiginosa sucesión de acontecimientos en los que nos hallamos inmersos en los umbrales del tercer milenio de la era cristiana. Su pensamiento goza así de una sobrecogedora actualidad; propia, casi nos atreveríamos a decir, de aquello espíritus selectos que, dotados de un carisma especial, participan de la luz en la que habita Aquél que es la sima actualidad.

P. Carlos A. Baliña

7. Citado de Aproximacińación a Newman, de Fernando María Cavaller, EDUCA, Buenos Aires, 1988, pp. 212-213.
8. Ver más adelante "El tiempo del Anticristo", passim.



I

EL TIEMPO DEL ANTICRISTO

Los cristianos de Tesalónica habían supuesto que la venida de Cristo se encontraba cercana. San Pablo les escribe para prevenirlos contra una tal expectativa. No es que él desaprobara su espera de la venida del Señor, todo lo contrario; pero les advierte que un cierto acontecimiento debe precederla, y hasta que esto no suceda, el fin no sobrevendrá. "Que nadie os engañe de ningún modo -dice San Pablo- [puesto que dicho Día no vendrá], excepto que venga primero una apostasía". Y prosigue excepto que "primero el hombre de pecado sea revelado, el hijo de la perdición.[1]

Mientras el mundo dure, este pasaje de la Escritura será de reverente interés para los cristianos. Es su deber estar siempre expectantes por la Venida de su Señor, indagar los signos de la misma en todo lo que ocurre alrededor suyo, y por sobre todo tener en mente este sobrecogedor signo del cual San Pablo habla a los Tesalonicenses. Así como la primera venida del Señor tuvo su precursor, así también lo tendrá la segunda. EL primero fue "Alguien más que un profeta"[2], San Juan Bautista; el segundo será más que un enemigo de Cristo, será la misma imagen de Satán, el pavoroso aborrecible Anticristo. Acerca de él, tal cual las profecías lo describen, me propongo hablar; y al hacerlo me guiaré exclusivamente por los antiguos Padres de la Iglesia.

Sigo a los antiguos Padres sin pensar que en tal materia ellos tengan el peso de poseen en instancias de doctrina o disciplina. Cuando ellos hablan de doctrinas, se refieren a éstas como del algo universalmente aceptado. Ellos son testigos del hecho de que dichas doctrinas han sido recibidas, no aquí o allá, sino en todas partes. Recibimos aquellas doctrinas que ellos enseñan, no meramente porque las enseñen, sino porque dan testimonio de que todos los cristianos en todas partes las han sostenido. Los consideramos como honestos informantes, mas no como autoridad suficiente en sí mismos, aunque de hecho son también autoridades. Si ellos afirmaran estas mismas doctrinas, pero diciendo: "Estas son nuestras opiniones, las hemos deducido de la Escritura, y son verdaderas", podríamos bien dudar de recibirlas de sus manos. Podríamos decir que tenemos tanto derecho como ellos a deducir a partir de la Escritura; que las deducciones de la Escritura serían meras opiniones; que si nuestras deducciones concordasen con las de ellos, eso sería una feliz coincidencia, e incrementaría nuestra confianza en ellos; pero que si no, no habría mas remedio, y deberíamos seguir nuestras propias luces: Sin lugar a dudas, ningún hombre tiene derecho a imponer a otros sus propias deducciones en materia de fe. Hay una obligación obvia para el ignorante de someterse a aquellos que estén mejor informados; y también es inconveniente para el joven someterse implícitamente por un tiempo a la enseñanza de sus mayores; pero más allá de esto, la opinión de un hombre no vale más que la de otro. De todos modos, éste no es el caso en lo que respecta a los antiguos Padres. Ellos no hablan de su opinión personal; ellos no dicen "Esto es verdadero porque de hecho es sostenido, y ha sido siempre sostenido por las Iglesias, sin interrupción, desde los Apóstoles hasta nuestros días". La cuestión es meramente acerca del testimonio; esto es; si acaso ellos tienen a su disposición los medios para saber si eso había sido y fue sostenido; puesto que si esa fue la creencia de tantas Iglesias en forma de independiente y simultánea, en el supuesto de su procedencia desde los Apóstoles, no hay duda de que no se puede ser sino verdadera y apostólica.

Éste es el modo en que ellos Padres hablan en lo que respecta a la *doctrina*; otro es el caso cuando interpretan las profecías. En esta materia parece que no ha habido tradiciones católicas, formales y distintas, o por lo menos autorizadas; de tal modo que cuando interpretan la Escritura, en la mayor parte de los casos están dando, y profesan estar dando, sus propias opiniones privadas, o anticipaciones vagas, difusas y meramente generales. Esto es lo que debería haberse esperado, puesto que no pertenece al curso ordinario de la divina Providencia el interpretar las profecías antes del suceso. Aquello que los apóstoles revelaron con respecto a lo venidero, fue en general y en privado, a individuos particulares – no fue puesto por escrito, ni destinado a la edificación del cuerpo de Cristo-, y pronto se perdió. Así, unos pocos versículos más abajo del pasaje que he citado, San Pablo dice: "¿Acaso no recordáis que estando todavía con vosotros, os dije estas cosas?"[3], y escribe por medio de insinuaciones y alusiones, sin expresarse abiertamente. Y vemos así mismo que tampoco cuidado tomó en discriminar y autenticar sus intimaciones proféticas que los Tesalonicenses habían adoptado la opinión de que él había dicho que el Día de Cristo era inminente, aunque, en realidad no lo había hecho.

1. II Tes. 2,3.
2. Mt. 11,9.
3. II Tes. 2,5.

Sin embargo, a pesar de que los Padres no nos transmiten la interpretación de las profecías con la misma certeza con que nos transmite la doctrina, no obstante merecen ser leídos con deferencia en proporción a su consenso, su peso personal, su predominio en su tiempo, o nuevamente, al carácter autorizado de sus opiniones; puesto que, por decir lo menos, tienen tanta probabilidad de estar en lo correcto como los comentadores hoy en día, y en algunos respectos más todavía, puesto que la interpretación de las profecías se ha convertido en estos tiempos, en materia de controversias y de toma de partido. La pasión y el prejuicio han interferido tanto con la rectitud de juicio, que es difícil decir quién es confiar en su interpretación, o inclusive si un simple cristiano no sería tan buen expositor como aquellos que han asumido el oficio.

I

Vuelvo a la perícopa en cuestión, la que examinaré utilizando argumentos tomados de la Escritura, sin preocuparme de estar de acuerdo con los comentadores modernos, ni de decir en que difiero de ellos. "[Aquél Día no vendrá] si no viene primero la apostasía". Aquí se nos dice que la señal de la segunda Venida es una cierta y terrible apostasía, y la manifestación del hombre de pecado, el hijo de la perdición; esto es, aquel comúnmente llamado el Anticristo. Nuestro Salvador parece añadir que esa señal lo precederá inmediatamente, o que Su venida ocurrirá muy poco después; puesto que, luego de hablar de "falsos profetas" y "falsos Cristos", "mostrando señales y prodigios"[4], "abundancia de la iniquidad", y "caridad enfriándose"[5], y cosas por el estilo, añade: "Cuando veáis todas estas cosas, sabed que se encuentra cerca, incluso a las puertas"[6]. E insiste: "Cuando veáis la Abominación de la Desolación (...) instalada en el lugar santo (…) entonces los que estén en Judea huyan hacia las montañas"[7]. Ciertamente, San Pablo también da a entender esto, cuando dice que el Anticristo será destruido por el esplendor de la venida de Cristo.

Por lo tanto, en primer lugar digo, que si el Anticristo debe venir *inmediatamente* antes de Cristo y ser la señal de Su venida, es evidente que él no se ha manifestado todavía, mas debemos aguardarlo, puesto que de otro modo, Cristo ya hubiese venido.

Más aún, parece qué es la tiranía del Anticristo durará tres años y medio, o como la Escritura lo expresa: "un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo"[8] o "cuarenta y dos meses"[9], lo cual es una razón adicional para creer que no ha venido, puesto que y así fuese, esto debería haber ocurrido recientemente, siendo su tiempo tan breve, es decir, dentro de los últimos tres años, y no ha sido así.

Además, hay otras dos circunstancias de su aparición que no se han cumplido. Primero, un tiempo de tribulación sin igual. "Entonces habrá una gran tribulación, cual no ha habido desde el inicio del mundo hasta este tiempo, ni lo habrá y a menos que dichos días fuesen acortados, ninguna carne sería salva"[10]. Esto todavía no ha sucedido. En segundo lugar, la predicación del Evangelio por todo el mundo: "Y este Evangelio del reino será predicado en todo el mundo, en testimonio a todas las naciones, y luego vendrá el fin"[11].

2

Ahora bien, puede objetarse a esta conclusión, que San Pablo dice en el pasaje anterior que "el misterio de iniquidad ya está obrando"[12], esto es, inclusive en *su* tiempo, como si el Anticristo hubiese de hecho venido en aquel entonces. Pero parecería que él quiso simplemente decir que en sus días había sombras y presagios,

4. Mt 24,24
5. Mt 24,12.
6. Mt 24,33.
7. Mt 24, 15-16.
8. Dan 7,25;12,7.
9. Ap 13,5.
10. Mt 24,21-22.
11. Mt 24,14.

señales y elementos operantes, de aquello que un día se presentará en plenitud. Así como los tipos de Cristo viniera antes que Él, así también las sombras Anticristo lo precederán. En realidad todo acontecimiento de este mundo que es tipo de aquellos que lo seguirán; la historia avanza cómo un círculo siempre creciente. Los días de los apóstoles tipificado los últimos días: hubo falsos Cristos, levantamientos, tribulaciones y persecuciones y el juicio y destrucción de la iglesia judía. De modo similar, cada era presenta su propia imagen de aquellos sucesos, todavía futuros, que serán, ellos y sólo ellos, el verdadero cumplimiento de la profecía que se encuentra a la cabeza de todos. Por eso San Juan dice "Hijitos, ésta es la última hora; y cómo habéis oído que el Anticristo vendrá, *ya hay* muchos Anticristos; por lo cual sabemos que esta es la última hora"[13]. El Anticristo había venido, y no había venido, era, y no era la última hora. Era el tiempo del Anticristo, pero en el mismo sentido en que los tiempos del Apóstol podrían ser llamados "la última hora", el fin del mundo.

Una segunda objeción podría formularse del siguiente, modo San Pablo dice: "Ahora sabéis qué lo retiene, para qué él [el Anticristo] se ha revelado a su tiempo"[14]. Aquí algo es mencionado como reteniendo la manifestación del enemigo de la verdad. El Apóstol prosigue: "Aquel que ahora lo retiene, lo hará hasta que sea quitado del medio"[15]. Ahora bien, en los primeros tiempos se consideraba que este poder obstaculizante era el Imperio Romano; pero este imperio, se arguye, hace tiempo que ha desaparecido; se sigue, en consecuencia qué hace tiempo que el Anticristo ha venido. En respuesta a esta objeción, concederé que aquel "que lo retiene" o "detiene", significa el poder de Roma, pues todos los antiguos escritores así lo entendido. Y concedo que, así como Roma, de acuerdo con la visión del profeta Daniel, sucedió a Grecia, del mismo modo el Anticristo sucederá a Roma, y la Segunda Venida sucederá al Anticristo[16]. Pero de esto no se sigue que el Anticristo haya venido, puesto que no es claro que el Imperio romano haya pasado. Lejos de esto, desde el punto de vista profético el Imperio romano permanece aún hasta nuestros días. Roma tiene un destino muy diferente del de los otros tres monstruos mencionados por el profeta, como se verá por su descripción. "Vi una cuarta bestia, espantosa y terrible, y sobre manera fuerte; y tenía grandes dientes de hierro; devoraba y destrozaba, y hollaba lo que quedara bajo sus pies: *y era diversa de todas las bestias que hubo antes de ella y tenía diez cuernos*"[17]. Estos diez cuernos, le informa un ángel, "son diez reyes que se levantarán de este reino"[18] de Roma. Entonces, como los diez cuernos pertenecían a la cuarta bestia, y no están separados de ella, así los reinos en los cuales el Imperio romano iba a servir iba a ser dividido, son la continuación y terminación de ese mismo Imperio el cual permanece, y en cierto sentido vive desde el punto de vista profético, cualquiera sea el modo en que resolvamos la cuestión histórica. En consecuencia, *todavía* no hemos visto el fin del Imperio romano; "Aquel que lo retiene" todavía existe, hasta la manifestación de sus diez cuernos; y hasta que no sea removido, el Anticristo no vendrá. Y de en medio de estos cuernos él surgirá, como el mismo profeta nos lo revela: "Estando yo contemplando los cuernos (…) y he aquí, que este cuerno que tenía ojos de un hombre, y una boca que sea grandes cosas"[19].

Por lo tanto, hasta el tiempo en que el Anticristo realmente aparezca, ha habido y habrá un continuo esfuerzo por parte de las fuerzas del mal para manifestarlo al mundo. La historia de la Iglesia es la historia de ese prolongado parto. "El misterio de iniquidad *ya* está obrando"[20], dice San Pablo. "Ya hay muchos Anticristos"[21], dice San Juan; "todo espíritu que nos confiesa que Jesucristo ha venido en la carne, no es de Dios; y *éste* es ese espíritu del Anticristo, del cual habéis oído que vendría, *y que ya está en el mundo*"[22]. Ha estado obrando

12. II Tes 2,7.

13. I Jo 2, 18.

14. II Tes 2, 6.

15. II Tes 2, 7.

16. Cfr. San Juan Crisóstomo, *In ep. II ad Thess. Hom. 4.*

17. Dan 7, 7.

18. Dan 7. 24.

19. Dan 7. 8.

20. II Tes 2, 7.

21. I Jo 2, 18.

22. I Jo 4, 3.

siempre, desde los tiempos de los Apóstoles, aunque sujeto por aquel que lo "retiene". En este preciso momento, un recio combate tiene lugar entre el espíritu del Anticristo que trata de emerger y el poder político, en aquellos países que, proféticamente romanos, firme y vigorosamente lo reprimen. Y de hecho tenemos operando por doquier delante de nuestros ojos, como nuestros padres lo tuvieron delante de los suyos, un principio feroz y sin ley, un espíritu de rebelión contra Dios y contra el hombre, que lo poderes de gobierno en cada país apenas pueden, con el mayor esfuerzo, sujetar. Sea que este fenómeno del cual somos testigos es ese espíritu de Anticristo[23], que un día será desencadenado, ese espíritu ambicioso, padre de toda herejía, cisma, sedición, revolución, y guerra -sea que lo sea o no-, al menos sabemos por las profecías que la presente organización de la sociedad y del gobierno, mientras sea representativa del poder romano, es aquello que lo retiene, y que el Anticristo es aquel que surgirá cuando este obstáculo desfallezca.

3

Las observaciones precedentes han implicado en forma más o menos clara que el Anticristo es un hombre, un individuo, no un poder o un reino. Ésta es ciertamente la impresión que dejan en el espíritu los pasajes de la Escritura concernientes a él, luego de haber tenido debidamente en cuenta el carácter figurado del lenguaje profético. Consideremos en conjunto los pasajes que lo describen, y veamos si se puede concluir otra cosa. En primer lugar, el pasaje de la Epístola de San Pablo: "[Ese día no vendrá] excepto que ocurra primero una apostasía y que el hombre de pecado sea revelado, el hijo de perdición, quién es el adversario y el rival de todo lo que se dice Dios, o es adorado hasta sentarse en el templo de Dios, y proclamarse a sí mismo como Dios (...) Entonces el Inicuo será revelado, al cual el Señor matará con el aliento de Su boca y destruirá con el resplandor de Su venida (...) cuya venida es obra de Satanás, con todo poder, signos y prodigios mendaces"[24].

A continuación, el profeta Daniel: "Otro se levantará luego de ellos, y será diferente de los primeros y subyugará a tres reyes. Y proferirá palabras arrogantes contra el Altísimo, oprimirá a los santos del Altísimo y pretenderá mudar los tiempos y las leyes; y ellos serán entregados en su mano hasta un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo. Pero se sentará el tribunal, y le quitaran el dominio, a fin de destruirlos y aniquilarlo para siempre"[25]. Y continúa: "Y el rey obrará conforme a su voluntad, y se ensalzará por encima de todo Dios, y hablará palabras arrogantes contra el Dios de los dioses, y prosperará ahora hasta que se le haya colmado la ira (…) No respetará al Dios de sus padres, ni tampoco a la [divinidad] predilecta de las mujeres, ni hará caso de ningún dios, puesto que se ensalzará por encima de todo. En su dominios venerará al Dios de las fortalezas, y honrará con oro, plata, joyas, y objetos preciosos, a un Dios que sus padres no conocieron"[26]. Observemos que otros reyes que Daniel describe han tenido existencia histórica individual, como por ejemplo Jerjes, Darío y Alejandro.

Y del mismo modo se expresa San Juan: "Le fue dada una boca que profería altanerías y blasfemias, y se le dio poder de actuar durante cuarenta y dos meses. Y abrió su boca para blasfemar contra Dios, para blasfemar de Su Nombre de Su tabernáculo, y de las que habitan en el Cielo. Se le concedió hacer la guerra los santos y vencerlos; le fue dada autoridad sobre toda tribu y pueblo y lengua y nación. Y le adorarán todos los que habitan la tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero degollado desde la fundación del mundo"[27].

Inclusive, las anticipaciones la realización de la profecía que, como he dicho, han ocurrido en la historia, hacen probable que el Anticristo sea una persona. Han aparecido hombres individuales respondiendo en gran medida a las descripciones precedentes, y esta circunstancia vuelve probable que el cumplimiento completo y absoluto a producirse se dé también en un individuo. La más notable prefiguración de este futuro azote apareció antes del tiempo de los Apóstoles, entre ellos y la época de Daniel. Se trata del rey pagano Antíoco, del cual nos hablan los libros de los Macabeos. Este ejemplo es el mejor para nuestro propósito, puesto que él es

---

23. ὁ ἄνομος [literalmente el sin ley, el inicuo, tal como lo denomina San Pablo en II Tes. 2,8. N del t.]

24. II Tes 2,3-4, 8-9

25. Dan 7, 24-26.

26. Dan 11, 36-38.

27. Ap 13, 5-8.

efectivamente escrito, como suponemos, por Daniel, en otra parte de su profecía, en términos que parecen referirse también al Anticristo, lo que implica que Antíoco fue realmente lo que parece ser, o sea, un tipo de aquel que será el más temible enemigo de la Iglesia. Este Antíoco fue el salvaje perseguidor de los judíos en sus últimos tiempos, así como el Anticristo lo será de los cristianos. Unos pocos pasajes de los Macabeos bastarán para mostrarnos lo que fue.

San Pablo, en el texto citado, habla de una apostasía, seguida de la aparición del Anticristo; de este modo el futuro de la Iglesia Cristiana es tipificado por la pasada historia judía. “En aquellos días surgieron de Israel hombres inicuos, que persuadieron a muchos diciendo: “Vamos y hagamos alianza con los paganos que nos rodean, puesto que desde que nos separamos de ellos, no han sobrevenido muchas penalidades”. Este consejo les pareció muy bien. Algunos del pueblo llegaron al extremo de acudir al rey, y obtener de él la facultad para seguir las costumbres de los gentiles; en consecuencia levantaron en Jerusalén un gimnasio al uso los paganos, rehicieron sus prepucios, renegaron de la alianza santa para atarse al yugo de los gentiles, y se vendieron para obrar el mal”[28]. Ésta fue la Apostasía. Luego de esta introducción aparece el enemigo de la verdad. “Después de vencer a Egipto, Antíoco emprendió el camino de regreso. Subió contra Israel y llegó a Jerusalén con un fuerte ejército. Entró con insolencia en el santuario y se llevó el altar de oro, el candelabro de la luz con todos sus accesorios, la mesa de la proposición, los vasos de las libaciones, las copas, los incensarios de oro, la cortina, las coronas y arrancó todo el decorado de oro que recubría la fachada del templo (...) Tomándolo, partió para su tierra después de derramar mucha sangre y de hablar con gran insolencia”[29]. Luego de esto prendió fuego a Jerusalén, “y arrasó sus casas y la muralla que la rodeaba (…) Después reconstruyeron la ciudad de David con una muralla grande y fuerte (...) y establecieron allí una raza pecadora de rebeldes, que en ella se hicieron fuertes”[30]. Luego, “el rey Antíoco publicó un edicto en todo su reino ordenando que todos formaran un único pueblo y abandonara cada uno sus peculiares costumbres. Los gentiles acataron todos el edicto real y muchos israelitas aceptaron su culto, sacrificaron a ídolos y profanaron el sábado”[31]. Luego de esto forzó al pueblo elegido a cometer estas impiedades. Fueron muertos todos aquellos que no aceptasen “profanar el sábado y las fiestas, mancillar el santuario y lo santo, levantar altares, recintos sagrados y templos idolátricos, sacrificar puercos y animales impuros, y dejar a sus hijos incircuncisos”[32]. Finalmente erigió un ídolo, o según las palabras mismas de la historia. “la Abominación de la Desolación sobre el altar de los holocaustos, y construyeron altares en las ciudades de Judá (...) Rompían y echaban al fuego los libros de la ley que podían hallar”[33]. Y agrega: “Muchos en Israel se mantuvieron firmes y se resistieron a comer cosa impura y prefirieron antes morir (...) Inmensa fue la cólera que se descargó sobre Israel”[34]. Tenemos así hacia algunos de los lineamientos del Anticristo, quién será similar e incluso peor que Antíoco.

La historia del emperador apóstata Juliano, quien vivió entre 300 y 400 años después de Cristo, nos provee de otra aproximación al predicho Anticristo, y de otra razón adicional para pensar que será una persona, y no un reino, potencia o entidad similar.

Éste es también el caso del falso profeta Mahoma, quién propagó su impostura alrededor de 600 años luego de la venida de Cristo.

Finalmente, fue tradición universal en la Iglesia antigua que el Anticristo será un hombre individual, no un poder, ni un mero espíritu ético, o sistema político, o dinastía, o sucesión soberanos. Debemos decir -escribe San Jerónimo acerca de Daniel- lo que hemos recibido de todos los escritores eclesiásticos, esto es, que al fin del mundo, cuando el Imperio Romano se ha destruido, habrá diez reyes, quienes se dividirán entre ellos el territorio romano, y que surgirá un undécimo pequeño rey, quién prevalecerá sobre tres de los diez (…) luego

28. I Mac 1,11-15.

29. I Mac 1, 20-24.

30. I Mac 1, 31, 33, 34.

31. I Mac 1, 41-43.

32. I Mac 1, 45-48.

33. I Mac 1, 54-56.

34. I Mac 1, 62-64.

recibirá la sumisión de los otros siete. Está escrito que “el cuerno tenía ojos, como los ojos de un hombre”; a menos que supongamos, como algunos lo han hecho, que él será espíritu del mal, o un demonio, se trata de un hombre en el cual Satanás habitará corporalmente. “Y una boca que decía grandes cosas”: puesto que él es el hombre de pecado, el hijo de perdición, “que se atreve a sentarse en el Templo de Dios, haciéndose a sí mismo como Dios (...) La bestia ha sido muerta y su cadáver fue destruido”: puesto que el Anticristo blasfema en ese Imperio Romano unificado, todos sus reinos serán al mismo tiempo abolidos, y no habrá reino terreno, sino la sociedad de los santos, y la venida del triunfante del Hijo de Dios”[35]. Y Teodoreto: “Habiendo hablado de Antíoco Epífanes, el profeta pasa de la figura al Antitipo, puesto que el Antitipo de Antíoco es el Anticristo, y la figura de la del Anticristo es Antíoco. Como Antíoco obligó a los Judíos a obrar impíamente así también el Hombre de pecado, el hijo de perdición, no ahorrará esfuerzos para seducir a los creyentes, por medio de falsos milagros, por la fuerza, y por la persecución. Como dice el Señor: “Habrá una gran tribulación, cual no la hubo desde el principio del mundo hasta este tiempo, ni la habrá”[36].

Lo que he dicho acerca de este tema puede resumirse así: la venida de Cristo será inmediatamente precedida por un desencadenamiento del mal terrible y sin precedentes llamado por San Pablo una Apostasía, una deserción, en medio de la cual aparecerá un cierto y terrible Hombre de pecado e Hijo de perdición, el especial y singular enemigo de Cristo o Anticristo. En este tiempo las revoluciones prevalecerán, y la presente estructura de la sociedad será desarticulada. Al presente, el espíritu que él encarnará y representará es contenido por “los poderes existentes”, pero ante la disolución de estos, él surgirá de su seno, los reconstruirá a su vil manera, bajo su propia ley, con el propósito de excluir a la Iglesia.

4

Por el momento, estaría fuera de lugar decir algo más que esto. Sin embargo insistiré en una particular circunstancia contenía el las palabras de San Pablo, que en parte ya he comentado.

Está escrito que “vendrá una apostasía y que el hombre de pecado será revelado”. En otras palabras, el Hombre de Pecado nace de una apostasía, o por lo menos accede al poder por medio de una apostasía, o es precedido por un apostasía, o no existiría si no fuese por una apostasía. Eso dice el texto inspirado; ahora bien, observemos, tal como dable apreciar en la historia, de que modo el curso de la Providencia permite interpretar predicción.

En primer lugar, tenemos una interpretación en el episodio de Antíoco previo a los sucesos contemplados en la profecía. Los israelitas o por lo menos un gran número de ellos, abandonaron su sagrada religión, y *recién entonces* le fue permitido el enemigo en escena.

Luego tenemos el caso de la emperador apóstata Juliano, quién intentó subyugar a la Iglesia por medio de astucias, y reintroducir el paganismo; es de notar que fue precedido e incluso criado por la herejía, por aquella primera gran herejía que perturbó la paz y la pureza de la Iglesia

Aproximadamente cuarenta años antes de que él se convertirse en emperador, surgió la pestilente herejía arriana, la cual negaba que Cristo fuese Dios. Hizo su camino entre las cabezas de la Iglesia como un cáncer, de tal modo que por medio que la traición de algunos y los errores de otros, llegó al punto de dominar sobre la Cristiandad. Los pocos hombres santos y creyentes, testigos de la Verdad, gritaron con pavor y terror, frente a la apostasía, que el Anticristo se acercaba. Lo llamaron “el precursor del Anticristo”[37]. Y ciertamente sus Sombra llegó. Juliano fue educado en el seno del arrianismo por algunos de sus principales sostenedores. Su tutor fue aquel Eusebio del cual sus partidarios tomaron su nombre; a su debido tiempo cayó en el paganismo, convirtiéndose en un perseguidor de la Iglesia y fue removido antes que completase el breve período durará el reinado del verdadero Anticristo.

---

35. San Jerónimo, *In Dan*., cap. vii.

36. Teodoreto, *In Dan*., xi.

37. προδρομος Αντιχριστον “Ahora es la Apostasía puesto que los hombres se han apartado de la recta fe. Ésta es pues la Apostasía y debe esperarse la venida del enemigo”, San Cirilo de Jerusalén, *Catech*., 15,9.

En tercer lugar, se levantó otra herejía de consecuencias mucho más perdurables y de mayor envergadura; era de un carácter doble, de dos cabezas, podría decirse: el Nestorianismo y el Eutiquismo, en apariencia opuestas una a la otra, mas unidas en torno a un fin común: negar de un modo u otro la realidad de la graciosa encarnación de Cristo, teniendo así a destruir la fe de los cristianos, no menos ciertamente, e incluso de modo más insidioso que la herejía de Arrio. Se extendió a través de Oriente y Egipto, corrompiendo y envenenando aquellas Iglesias que en un tiempo ¡Ay!, habían sido las más florecientes, las primeras moradas y los baluartes de la verdad revelada. A partir de esta herejía, o por lo menos por medio de ella, surgió el impostor Mahoma, y compuso su credo. He aquí, por lo tanto, otra particular Sombra del Anticristo.

En lo que respecta al cuarto y último ejemplo, que he podido tomar de la generación que ha precedido inmediatamente la nuestra, me limitaré a observar que de modo similar los ejemplos citados, la Sombra del Anticristo ha surgido de una apostasía, de un abandono de la fe en favor de doctrinas infieles, de la apostasía sin dudas más inicua y más blasfema que el mundo ha conocido[38].

Todos estos ejemplos nos plantean los siguientes interrogantes: ¿surgirá enemigo de Cristo y de Su Iglesia a partir de un especial apartamiento de Dios? ¿No hay acaso motivos para temer que dicha apostasía se esté preparando gradualmente, reuniendo, madurando en nuestros mismos días? ¿Acaso no existe en este mismo momento un especial empeño en casi todo el mundo en prescindir de la religión, más o menos evidente en este o en aquel lugar, pero más visible y formidablemente en aquellas regiones más civilizadas y poderosas? ¿No existe acaso un consenso reciente de que una nación no tiene nada que ver con la religión, de qué se trata de algo concerniente sólo a la conciencia individual? Lo que es lo mismo que decir que podemos dejar que la Verdad desaparezca de la faz de la tierra sin que hagamos nada por evitarlo. ¿No existe un movimiento vigoroso y unificado en todos los países destinado a privar a la Iglesia de Cristo de su poder y posición? ¿No existe un empeño febril y permanente por deshacerse de la necesidad de la Religión en los asuntos públicos?, por ejemplo el intento de desembarazarse de los juramentos con a excusa de que son demasiado sagrados para los asuntos de la vida corriente, en vez de asegurarse de que fuesen proferidos de modo más reverente y conveniente. ¿No existe el intento de educar sin religión, osea, poniendo a todas las formas de religión al mismo nivel? ¿No existe la tentativa de reforzar la templanza, y todas las virtudes que brotan de ella, sin religión, por medio de sociedades basadas en meros principios de utilidad; de hacer de la *conveniencia* y no de la *verdad,* el fin y la norma de las decisiones del Estado y de la constitución de las leyes; de hacer de los números, y no la Verdad, el criterio para sostener o no esté o aquél artículo de fe, como si hubiera la Escritura fundamentación para sostener que los muchos tienen la razón y los pocos no; de privar a la Biblia de su sentido principal, de modo de hacernos pensar que está posee cien significados, todos igualmente verdaderos, o en otras palabras, que no posee significado alguno, que es letra muerta, y que puede ser dejada de lado; de reemplazar la religión en su conjunto, en cuanto es externa y objetiva, y expresada en leyes y palabras escritas, por algo meramente subjetivo, de confinarla a nuestros sentimientos internos, y de este modo, dada su inestabilidad y variabilidad, de destruir en definitiva la religión?

Sin duda, existe actualmente una confederación del mal, que recluta sus tropas de todas partes del mundo, organizándose a sí misma, tomando sus medidas para encerrar a la Iglesia de Cristo como en una red, y preparando el camino para una Apostasía general. No podemos saber si de esta misma Apostasía nacerá el Anticristo, o si él será todavía retrasado como lo ha sido por tanto tiempo; pero en todo caso está Apostasía, y todos sus signos e instrumentos, son del Maligno, y tienen un sabor de muerte.

¡Dios nos guarde de contarnos entre aquéllos ingenuos que caen en la trampa que está tendiendo a nuestro alrededor! ¡Dios nos libre de ser seducidos por las bellas promesas en las cuales Satán ha ocultado seguramente su ponzoña! ¿Creéis que él es tan inexperto en su arte como para invitarlos en forma abierta y clara a unirse a él su combate contra la Verdad? No, él les ofrece cebos para tentarlos. Les promete libertad civil; les promete igualdad; les promete comercio y riqueza; les promete exención de impuestos; les promete reformas. Éste es el modo en que él encubre el verdadero asunto al que los va conduciendo; los tienta a

38. Todo este párrafo no aparece en el texto inglés sino en la versión francesa: *L'Antichrist,* Editions Ad Solem , Geneve. 1955. Newman hace aquí alusión a la Revolucion Francesa y al ascenso de Napoleón al poder [nota del tradictor]

rebelarse contra sus gobernantes y superiores; él hace eso mismo, y los induce a imitarlo; les promete iluminación, ofreciéndoles conocimiento, ciencia, filosofía, ensanchamiento de la mente. Él se burla de los tiempos pasados y se mofa de toda institución que los venere. Él les sopla lo que deben decir, y luego y luego los escucha, los alaba y los alienta. Él los incita a ascender ala cima. Les enseña cómo convertirse en dioses. Luego ríe y hace bromas e intima con vosotros; los toma de la mano, pone sus dedos entre los vuestros, los agarra, y entonces ya le pertenecéis.

¿Consentiremos nosotros los cristianos en tener parte en este asunto? ¿Ayudaremos, aun con nuestro dedo meñique, al Misterio de Iniquidad que lucha por nacer, y que convulsiona al mundo con sus dolores? “Alma mía, no entres en su consejo; no te unas a su asamblea, honra mía”[39].

“¿Qué relación hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué unión entre la luz y las tinieblas? (…) Por tanto, salid de entre ellos y apartaos”[40](40), de otro modo seréis cooperadores de los enemigos de Dios, y estaréis abriendo el camino para el Hombre de Pecado, el hijo de la perdición.

39. Gen 49,6.

40. II Cor 6,14. 17.

II

LA RELIGIÓN DEL ANTICRISTO

San Juan nos enseña que "todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es el espíritu del Anticristo, que ya está en el mundo"[1]. La característica del Anticristo será negar abiertamente que nuestro Señor Jesucristo es el Hijo de Dios venido en carne desde el Cielo. Esta descripción le conviene tan exacta y completamente, que negar a Cristo puede propiamente ser llamado el espíritu del Anticristo, e incluso puede decirse de sus negadores que poseen el espíritu del Anticristo, que son como el Anticristo, que son Anticristos. Lo mismo se afirma en un capítulo posterior. "¿Quién es el Mentiroso, sino aquel que niega que Jesús es el Cristo? Él es el Anticristo, que niega al Padre y al Hijo. Quienquiera niega al Hijo también niega el Padre"[2]. De lo cual podría deducirse que el Anticristo será conducido del rechazo del Hijo de Dios al completo rechazo de Dios, tanto implícita como prácticamente.

Haré ahora algunas observaciones adicionales acerca de las señales características del predicho enemigo de la Iglesia, y como antes, me limitaré a la interpretación de la Escritura dada por los primeros Padres.

Mi razón para obrar de este modo es simplemente la siguiente; en una cuestión tan difícil como lo es una profecía incumplida, no me posible realmente tener una opinión propia, ni es deseable que la tenga, o por lo menos que la exprese de modo formal. La opinión de cualquier persona, aunque fuese la más para hacerlo, tendría casi ninguna autoridad, ni se justificaría el formularla por sí misma. Por el contrario, los juicios y perspectivas de la Iglesia primitiva merecen nuestra especial atención, puesto que, por lo que sabemos, pueden muy bien proceder de tradiciones de los Apóstoles y porque son expresados en forma mucho más consistente y unánime que los de cualquier otro conjunto de maestros. Por tanto estas opiniones tienen más derecho de reclamar nuestra atención que las de otros escritores, cualesquiera sean sus títulos: y si éstos son de poca monta, los de los otros son aún menores.

En rigor, solamente el claro cumplimiento de las profecías puede reclamar nuestra entera adhesión en esta materia. Si viésemos todos los signos de la profecía cumplirse en la pasada historia de la Iglesia, entonces sí podríamos dispensarnos de considerar la autoridad de aquellos que nos presentasen las pruebas. Esta condición, sin embargo, difícilmente puede satisfacerse, puesto que la venida del Anticristo es cercana a la venida de Cristo como juez; por consiguiente, el hecho ha tenido lugar bajo circunstancias que pueden ser invocadas como pruebas. Tampoco puede presentarse ningún hecho histórico que reúna todas las señales del Anticristo claramente, aunque algunas se hayan cumplido en ciertas ocasiones. Por tanto, sólo nos resta acudir al juicio de los Padres (si es que debemos seguir alguna opinión, y si debemos aprovecharnos de todas las advertencias que la Escritura nos ofrece concernientes al mal que se aproxima), sea que éste posea especial autoridad en este tema no. Ya he recurrido a ellos y lo volveré a hacer ahora. Continuemos, pues, con este tema, con los antiguos Padres como guías.

I

Parece claro que San Pablo y San Juan hablan del mismo enemigo la Iglesia, dada la similitud de sus descripciones. Ambos afirman que su espíritu ya estaba obrando en sus días. "Ese espíritu del Anticristo -San Juan- *ya está en el mundo*". "El misterio de iniquidad *ya* está obrando"[3], dice San Pablo. Y ambos describen al enemigo como caracterizado por el mismo pecado especial: la abierta infidelidad. San Juan que "él es el Anticristo, el que *niega al Padre y al Hijo"*[4]; mientras que San Pablo habla de él similar modo, como "*el adversario y el rival de todo lo que se dice Dios o es adorado*", y que "se sentará en el templo de Dios, proclamándose a sí mismo como Dios"[5]. En ambos pasajes es descrita la misma negación blasfema de Dios y de la religión; mas San Pablo añade que se opondrá a toda religión existente, verdadera o falsa: "todo lo que se dice Dios o es adorado".

---

1. I Jo 4, 3.
2. I Jo 2, 22-23.
3. II Tes 2, 7.
4. I Jo 2, 22.
5. II Tes 2,4.

Pueden citarse otros dos pasajes de la Escritura, prediciendo la misma temeraria impiedad. Uno pertenece al capítulo undécimo de Daniel: “El rey obrará conforme a su voluntad, y se exaltará a sí mismo, se ensalzará *por encima de todo dios*, y hablará palabras arrogantes *contra el Dios de los dioses*, y prosperará hasta que se haya colmado la ira (...) No respetará al *Dios de sus padres*, ni tampoco a la [divinidad] predilecta de las mujeres, *ni hará caso de ningún dios, puesto que se ensalzará por encima de todo*”[6].

El otro pasaje no poseería más que un tenue matriz profético en sí mismo, si no fuese por el hecho de que todos los dichos de nuestro Salvador poseen significado profundo, y particularmente este último, de acuerdo a los Padres. “Yo he venido en Nombre de mi Padre, y vosotros no me habéis recibido; *si otro bien en su propio nombre, a ese lo recibiréis”*[7]. Ellos consideran esto como una alusión profética del Anticristo, a quién los Judíos confundirán con el Cristo. En vendrá “en *Su propio nombre*”. El Anticristo no vendrá de Dios, sino en su propio nombre, sin pretender haber recibido misión alguna de Dios, por una blasfema asunción del poder divino.

A los pasajes citados deben agregarse aquellos que hablan en general de las impiedades de la última edad del mundo, impiedades que podemos creer prepararán la venida del Anticristo y se consumarán en él: “Muchos andarán errantes aquí y allá y el conocimiento se incrementará (...) Muchos serán purificados y blanqueados y probados pero los malvados seguirán obrando mal, y ninguno de los malvados entenderá, mas los sabios entenderán”[8]. “En los últimos días sobrevendrán tiempos peligrosos, pues los hombres serán amadores de sí mismos, codiciosos, jactanciosos, orgullosos, blasfemadores, desobedientes a sus padres, desagradecidos, malvados, desnaturalizados, implacables, calumniadores, incontinentes, despreciadores de los buenos, traidores, temerarios, infatuados, más amantes de sí mismos que Dios, con apariencia de piedad mas negando su eficacia”[9]; “burladores guiados por sus propias pasiones, que dirán: ¿Dónde queda la promesa de Su venida?[10], “despreciadores de la autoridad, presuntuosos (...) autosuficientes, sin temor de insultar a las dignidades (…) que prometerán libertad a los hombres, mientras que ellos serán esclavos de la corrupción”[11], y cosas por el estilo.

2

Ya hecho mención de los judíos; sería bueno establecer que se afirmaba en la primitiva Iglesia acerca su relación con el Anticristo.

Nuestro Señor predijo que muchos vendrían en Su nombre, diciendo “Yo soy el Cristo”[12]. El castigo de los Judíos es el de los incrédulos de todo tipo: habiendo rechazado al verdadero Cristo, recibirán a uno falso; el Anticristo será el perfecto y consumado seductor, en relación con el cual todos los anticristos previos son aproximaciones, de acuerdo con las palabras ya citadas: “Si otro viene en su propio nombre, a ese lo recibiréis”. Del mismo tenor son las palabras de San Pablo luego de describir el Anticristo: “cuya venida estará señalada (...) con todo tipo de prodigios engañosos y maldades que seducirán a lo que se han de condenar por no haber aceptado el amor de la Verdad que les hubiera salvado. Y *por esta causa* Dios les enviará un poder seductor que les hará creer en la mentira, para que sean condenados todo cuántos no creyeron en la Verdad y prefirieron la iniquidad”[13].

Por consiguiente, considerando que el Anticristo pretenderá ser el Mesías, desde antiguo se admitió por tradición que él sería de raza judía y que observarán los ritos judíos.

---

6. Dan 11, 36-37.

7. I Jo 5,43.

8. Dan 12, 4-10.

9. II Tim 3, 2-5.

10. II Pet 3, 3-4.

11. II Pet 2, 10. 19.

12. Mt 24, 5.

13. II Tes 2, 9-12.

Inclusive, San Pablo dice que el Anticristo “se sentará en el Templo de Dios”[14], esto es, de acuerdo con los antiguos Padres, en el Templo Judío. Las mismas palabras de Nuestro Salvador pueden ser empleadas, para apoyar esta doctrina puesto que Él habla de la “Abominación de la Desolación” (expresión que, sea cual sea el sentido que se le dé, denota en su sentido pleno al Anticristo), “instalada en el *lugar santo*”[15]. Más aún, la persecución de los testigos de Cristo por el Anticristo realizará, es descrita por San Juan como teniendo lugar en Jerusalén. “Sus cadáveres yacerán en las calles de la gran ciudad (que es llamada espiritualmente Sodoma y Egipto), donde también nuestro Señor fue crucificado”[16].

Es necesario hacer ahora una observación. Supongo que, a primera vista, no podemos considerar que se pueda extraer demasiada evidencia de Texto Sagrado acerca de la relación del Anticristo con lo judíos o con su Templo. Es por eso algo remarcable que el emperador Juliano el Apóstata, quien fue un “tipo” del gran enemigo, haya tenido relación con judíos y haya comenzado a reconstruir su Templo. Así, la historia es una especie de comentario de la profecía, y sostiene y reivindica aquellas antiguas interpretaciones a las cuales me estoy refiriendo. Por supuesto, debe entenderse que esta creencia de la Iglesia de que el Anticristo estaría conectado con los judíos, fue expresada mucho tiempo antes de la época de Juliano, y todavía poseemos las obras que se refieren a ella. De hecho, poseemos los escritos de dos Padres, ambos obispos y mártires de la Iglesia, quienes vivieron por lo menos ciento cincuenta años antes de Juliano, y menos de cien años luego de San Juan. Ambos refieren claramente la relación del Anticristo con los judíos.

El primero de ellos, Ireneo, habla de este modo: “El adversario se sentará en el Templo que está en Jerusalén, intentando mostrarse a sí mismo como el Cristo”[17].

El segundo, Hipólito: “El Anticristo será aquel que resucitará el reino de los Judíos”[18].

Es tanto más notable que la reciente Sombra del Anticristo, la cual nosotros o nuestros padres hemos visto aparecer, como por una suerte de fatalidad tomó partido por los judíos (los que le recibieron prácticamente como su Mesías) y, correteando por sus alrededores, fue irresistiblemente atraído por la Tierra Santa que la Iglesia primitiva tenía por la futura escena de las gestas del Anticristo[19].

3

A continuación, podemos preguntarnos si el Anticristo profesará por ser algún tipo de religión. No adorará al Dios verdadero ni a ningún falso dios, esto claro; pero algo más se nos dice acerca de esto, aunque en forma oscura. De hecho, acerca de esta cuestión los relatos proféticos parecen inconciliables entre sí. El Anticristo “se exaltará a sí mismo sobre todo lo que es llamado Dios o adorado”[20]. Se opondrá vigorosamente a los ídolos y a la idolatría, tal como los primeros escritores cristianos coinciden en afirmar. Sin embargo, en el libro de Daniel leemos: “En sus dominios *venerará al Dios de las fortalezas y honrará* con oro y plata, y con joyas y objetos preciosos, *a un dios que sus padres no conocieron. Atacará a los lugares fortificados con dios extraño, al cual él reconocerá* y colmará de gloria”[21]. No sabemos a ciencia cierta qué se quiere significar con la palabras “dios de las fortalezas”, y luego “un dios extraño”; incluso es probable que esto permanezca oculto hasta el momento en que sucedan estos hechos. Pero de cualquier modo, ciertamente está predicho que alguna clase de falsa adoración será la marca del Anticristo, como asimismo el hecho aparentemente contrario de que se opondrá a

---

14. II Tes 2, 4.

15. Mt. 24, 15.

16. Ap. 11, 8.

17. San Ireneo, *Adversus Haereses*, 5, 25, 2.

18. San Hipólito, *De Anticristo*, San Cirilo de Jerusalén asimismo habla del intento del Anticristo por reconstruir el Templo Judío. También él lo hizo antes del intento de Juliano, y (lo que es más notable) profetizó que fracasaría por razón de las profecías.

19. Este párrafo no aparece en el texto inglés sino en la version francesa ya citada. Newman hace aquí referencia a las campañas napoleónicas en Egipto y Siria entre mayo de 1798 y octubre de 1799 [N. del T.]

20. II Tes 2, 4.

21. Dan 11, 38-39.

todos los ídolos, como también el verdadero Dios. Ahora bien, no es del todo extraordinario que exista está con contrariedad en la profecía, puesto que sabemos que generalmente la infidelidad lleva la superstición, y que los hombres más temerarios en sus blasfemia son también cobardes en lo que respecta al mundo invisible. No pueden ser coherentes aunque lo quisieren.

Mas permítaseme remarcar acá una notable coincidencia, perteneciente a la historia de esa especie de sombra o tipo de apostasía final que aterró al mundo hace cuarenta o cincuenta años, una coincidencia entre sucesos históricos y profecía suficiente como para mostrarnos que la aparente contradicción en esta cosa más suelta con facilidad, aunque de antemano no se vea cómo; suficiente para recordarnos que el ojo de Dios que todo lo observa y su mano que todo lo ordena aún se encuentran posados sobre el mundo, y que las semillas plantadas en la profecía hace más de dos mil años, no están muertas, sino que de tiempo en tiempo, por medio de pequeñas hojas y tiernos brotes, dan prendas de la futura cosecha. Sin lugar a dudas, el mundo se encuentra impregnado con los elementos del mal preternatural, los cuales de vez en cuando, en malas temporadas, dan muestras balbucientes aunque amenazadoras de la ira que se aproxima.

En aquella grande y famosa nación enfrente nuestro, una vez grande por su amor a la Iglesia de Cristo, aunque memorable por los hechos de blasfemia que me llevan aquí a mencionarla, por los cuales deben ser hoy compadecida, y por la que debe rezarse -la cual ha sido bajo muchos aspectos nuestro modelo, y que ha sido seguida en aquello por lo que debió haberse rechazado y admirada en aquello por lo que debió sido excusada-; en la capital de esa poderosa y celebrada nación, en los últimos cincuenta años, tuvo lugar, como todos bien sabemos, una abierta apostasía del Cristianismo; no del Cristianismo solamente, sino también de toda forma de adoración que pudiese retener alguna similitud o lejana apariencia con las grandes verdades de la religión. El ateísmo fue profesado en forma absoluta, y aunque parezca una contradicción en los términos, una cierta clase de culto fue introducido, o utilizando los términos de la profecía “un juguete extraño”. Observemos cómo fueron los hechos.

Por un lado, hicieron profesión de ateísmo. Indujeron a un desgraciado hombre, al cual habían forzado a la Iglesia a aceptar como arzobispo, a declarar en público que Dios no existía, y que todo lo que había enseñado hasta entonces era una fábula. Hicieron grabar en las tumbas que la muerte era un sueño eterno. Cerraron las iglesias, robaron y execraron los vasos sagrados de oro y plata de las mismas, utilizándolos como Baltazar en su festines impíos[22]; hicieron parodias de procesiones, vestidos con ornamentos sagrados y cantando himnos profanos. Abrogaron el sacramento del matrimonio, reduciéndolo a un mero contrato civil, revocable voluntad. Estas son sólo algunas de las enormidades que cometieron.

Por otra parte, habiendo todo roto todo límite con respecto a lo divino y lo humano, dieron un nombre a aquel el estado al cual se habían arrojado a sí mismos, y exaltaron esa misma negación de religión, o mejor, esa blasfemia viviente, a la condición de un dios. La llamaron *Libertad, y* literalmente la adoraron como a una divinidad. Parecía increíble que aquellos mismos hombres que se desembarazaron de toda religión terminasen adornando, en son de burla o por superstición, una nueva insensata deidad de su inversión, si no fuese porque los sucesos son tan recientes y notorios. Luego de abjurar de Nuestro Señor y Salvador, y de haberlo declarado blasfemamente de impostor, procedieron decretar en la asamblea pública de la nación la adoración de la Libertad y de la Igualdad como divinidades, además proclamaron fiestas en honor de la Razón, la Patria, la Constitución y las Virtudes. Más aún, determinaron que dioses tutelares, e incluso hombres muertos, pudiesen ser canonizados, consagrados y adorados; incluyeron en esta lista a algunos de los más notorios infieles y libertinos del siglo pasado. Los restos de los dos principales fueron llevados en solemne procesión hasta una de sus iglesias y depositados en el mismo altar, se quemó incienso en su nombre y la multitudinaria asamblea se postró en señal de adoración ante uno de ellos, ante lo que quedaba en la tierra de un inveterado enemigo de Cristo[23].

Ahora bien, no menciono todo esto considerándolo como el cumplimiento de la profecía, ni si quiera como si el verdadero cumplimiento de la misma fuese a darse de este modo, sino simplemente para señalar que, en los

22. Cfr. Dan 5, 1-4.

23. Los restos de Rousseau y de Voltaire fueron depositados en la cripta del Panteón, antigua basílica de Santa Genoveva [N. del T.].

últimos tiempos, los sucesos históricos nos han mostrado que existen modos de cumplimiento de vaticinios sagrados que a primera vista parecen contradictorios; que los hombres pueden oponerse a toda forma de culto, verdadera o falsa, y sin embargo crear una religión propia por orgullo, capricho, política, superstición, fanatismo, o cualquier otra razón.

Debe incluso remarcarse una tendencia de esta gente infatuada a introducir el antiguo culto democrático romano, mostrándonos de este modo que el cuarto monstruo de la visión del profeta no está muerto. Incluso llegaron tal tan lejos como para restaurar el culto de una divinidad romana (Ceres) por su nombre, erigirle una estatua y establecer una fiesta en su honor. Esto es ciertamente inconsistente con su pretensión de exaltarse a sí mismos "por encima de todo lo que he llamado dios"; sin embargo, menciono este hecho no para arrojar luz acerca de la profecía, sino para mostrar que el espíritu de la antigua Roma no ha desaparecido del mundo, su nombre esté casi extinguido.

Más aún, es sorprendente observar que la apóstata de los primeros tiempos, el emperador Juliano, también se abocó la restauración del paganismo romano.

Notemos inclusive que también Antíoco, el Anticristo antes de Cristo, el perseguidor de los Judíos, se caracterizó a sí mismo por pretender imponerles el culto pagano, introduciéndolo aún en el templo.

No sabemos qué es lo que ha de venir, pero podemos prudente de conjeturar que, si bien es improbable que el paganismo sea públicamente restaurado e impuesto por la fuerza, aunque sea por un lapso tan corto de tiempo o tres años y medio, esto es menos improbable en la actualidad que hace cincuenta años, cuando todavía no habían ocurrido los hechos de los que he hecho mención. ¿Quién no hubiese sido considerado un loco o un idiota de haber conjeturado entonces un retorno al paganismo, como de hecho tuvo lugar?

4

Volvamos ahora a los Santos Padres y veamos si sus predicciones se corresponden con los hechos ocurridos posteriormente.

El Anticristo, según ellos, provendrá del Imperio romano precisamente en el momento de su destrucción. En sus últimos días, el Imperio romano se dividirá en diez partes y el Enemigo surgirá repentinamente por encima de éstos, subyugará a tres, o quizás a los diez, y, como dice el profeta, "proferirá" palabras arrogantes contra el Altísimo, oprimirá a los santos del Altísimo y pretenderá mudar los tiempos y las leyes; y ellos serán entregados en su mano hasta un tiempo, tiempos y la mitad del tiempo"[24]. Ahora bien, es digno de destacar que uno de los dos Santos Padres que ya he citado, Hipólito, dice expresamente que los diez estados que entonces aparecerán, aunque reinos, serán también *democracias*[25]. Considero esto digno de ser destacado, dado el presente estado del mundo, la tendencia general hacia la democracia, y el ejemplo de la misma que nos fue dado en Francia hace cincuenta años, durante los sucesos a lo que nos hemos hecho referencia.

Según otra predicción de la Iglesia antigua, el monstruo romano, luego de permanecer dormido durante siglos, se despertará al fin de los tiempos y será restaurado en todas sus leyes y formas; y esto también es digno de ser destacado, considerando los sucesos referidos. El mismo Padre que anticipa el advenimiento de las democracias, deduce de un pasaje el capítulo XIII del Apocalipsis, que "el sistema de Augusto, quién fue el fundador del Imperio romano será adoptado establecido por él [el Anticristo] para su propio engrandecimiento y gloria. Este es el cuarto monstruo cuya cabeza fue herida y sanada, el la cual el Imperio fue destruido y reducido a la nada y dividido en diez diademas. Pero en este punto el Anticristo, siendo un hombre de astutos recursos, los sanará y restaurará; de tal modo de recuperar su actividad y vigor por medio del sistema que él establecerá[26].
Quisiera hace notar otra predicción relacionada con este restablecimiento del poder romano, formulada por los

24. Dan 7, 25.

25. San Hipólito, *De Anticristo, 27.*

26. San Hipólito, *De Anticristo, 27.*

dos Padres que he estado citando, y concerniente al nombre del Anticristo según el capítulo XIII del Apocalipsis: “He aquí sabiduría -dice el texto inspirado-, aquel que tenga entendimiento haga el cómputo del número de la bestia, puesto que es un número de hombre; su número seiscientos sesenta y seis”[27]. Tanto Ireneo como Hipólito dan un nombre, cuyas letras en griego dan como resultado este número; el nombre es *Latinus*, o rey Latino, característico de la posición del Anticristo como cabeza del imperio romano restaurado

Ireneo dice lo siguiente: “Sabed que el imperio efímero será dividido entre diez reyes; luego cuando estén reinando y comenzando a consolidar su posición y engrandecimiento, de improviso uno surgirá y reclamará para sí el reino, aterrándolos; su nombre contendrá el número predicho (666) y será reconocido como la abominación de la desolación”[28]. A continuación menciona el nombre *Lateinos,* junto con otras dos palabras, como correspondientes al número y comenta “Esto es muy probable, dado que éste es el nombre del antiguo imperio, pues los Latinos (esto es, los romanos) reinan actualmente”[29]. Ireneo añade que él personalmente prefiere una de las otras dos palabras[30].

En cuanto a Hipólito: “Puesto que (…) la herida de la primera bestia fue sanada (…) y es claro que los Latinos son ese imperio, en consecuencia él es llamado el Rey Latino (Latinus), pasando así el nombre del imperio a un individuo”[31].

No podemos saber si esta predicción se cumplirá o no. Simplemente la menciono para mostrar la creencia de los Padres en la restauración y restablecimiento del Imperio romano, lo cual ciertamente ha sido intentado desde entonces más de una vez.

En conjunto, parece entonces que en lo que respecta al testimonio de la primitiva Iglesia, el Anticristo será una abierto blasfemador, opuesto a todo culto existente, verdadero o falso; un perseguidor, un protector de los judíos y restaurador de su culto, e incluso el autor de una clase de culto. Además aparecerá súbitamente, hacia el fin mismo del Imperio romano, que una vez existió y ahora está dormido; lo unificará e injertará su judaísmo y su nuevo culto (posiblemente un tipo de paganismo) bajo la antigua disciplina de César Augusto; en consecuencia, se atribuirá el título de Rey romano o latino, como la mejor expresión de su posición y carácter; finalmente desaparecerá súbitamente como apareció.

5

Con relación a todo esto, quiero insistir en que no deseo pronunciarme acerca de si la primitiva Iglesia estaba en lo cierto o no en estas predicciones, aunque lo sucesos posteriores han tendido fuertemente a corroborar sus interpretaciones de las profecías escriturísticas.

Sin embargo, alguien podría preguntarse qué utilidad tiene hablar de las cosas, así son dudosas.

Contesto que, en primer lugar, que no deja de ser provechoso tener en cuenta que todavía nos encontramos en lo que puede ser llamado un sistema milagroso. No quiero decir que verdaderos milagros estén actualmente ocurriendo todos los días, sino que nuestro presente estado de cosas forma parte de un curso providencial, que comenzó en forma milagrosa y que, al fin de los tiempos, si no antes, culminará milagrosamente. Las predicciones particulares más arriba detalladas pueden ser verdaderas o falsas, pero un Anticristo, quienquiera y como quiera que sea, vendrá; el antiguo Imperio romano no se ha extinguido; Satanás, si está encadenado[32], lo estará sólo por un tiempo; el combate entre el bien y el mal no ha concluido.

---

27. Ap 13, 18.

28. San Ireneo, *Adversus Haereses*, 5, 30, 2.

29. San Ireneo, *Adversus Haereses*, 5, 30, 3.

30. Estas son euagqaj (muy florido) y Teitan (Titán). San Ireneo muestra su preferencia por esta última. Sugestivamente, San Hipólito también propone estas dos palabras. [N. del T.].

31. San Hipólito, *De Anticristo, 50.*

32. Newman hace aquí alusión al misterioso asunto del encadenamiento de Satanás durante el milenio. [N. del T.].

Quiero insistir en esto: en el presente estado de cosas, cuando el gran objetivo de la educación es aparentemente el desembarazarse de lo sobrenatural, cuando nos sentimos tentados a burlarnos y reírnos de la fe en lo que no vemos, cuando se nos enseña a dar cuenta de todo por medio de hechos conocidos y verificados, a examinar cada afirmación por medio de la piedra de toque de la experiencia, no puedo dejar de pensar que esta visión del Anticristo, como un poder sobrenatural por venir, es un don providencial como contrapeso de las malignas tendencias de la época.

Además sin lugar a dudas, es provechoso para nuestro pensamiento el desplazarse hacia atrás y hacia delante, a los comienzos y a la culminación de los tiempos evangélicos, a la primera y la segunda venida de Cristo. Lo que deseamos es comprender que nos encontramos en la misma situación los primeros cristianos, con la misma alianza, el mismo ministerio, los mismos sacramentos y obligaciones; tomar conciencia de un estado de cosas muy lejano en el pasado; sentir que vivimos en un mundo pecador, un mundo ha sentado en la iniquidad; discernir nuestra posición en él, que el reproche y el sufrimiento son nuestra parte, de tal modo que no debe “parecernos extraño” si se lanzan sobre nosotros, sino más bien una graciosa excepción si no lo hacen; tener nuestros corazones despiertos, como si hubiéramos visto a Cristo ya sus Apóstoles y sus milagros, despiertos a la esperanza y la esperanza de Su segunda venida, aguardándola y, aún más, deseando ver sus señales; meditando mucho y a menudo acerca del Juicio que se acerca, penetrando en el pensamiento de que seremos individualmente juzgados

Todos estos son actos una fe verdadera y sal y salvífica. Por tanto, un efecto saludable de la lectura del libro del Apocalipsis y de las otras partes proféticas de la Sagrada Escritura -sin duda muy distinto de nuestro conocimiento de su verdadera interpretación- es precisamente arrancar el velo que cubre nuestros ojos, levantar el manto que cubre la faz del mundo y así, día tras día, en nuestras idas y venidas, al levantarnos y acostarnos, mientras trabajamos, descansamos y nos entretenemos, permitirnos ver el Trono de Dios presente en medio nuestro, Su majestad y Sus juicios y la continua intercesión de Su Hijo por sus elegidos, por sus pruebas y su victoria.

Que Dios[33] nos conceda a todos avanzar por la fe y no por la visión, y de vivir en el pasado y el futuro, y no en el presente.

33. Este párrafo sólo se encuentra en la citada versión francesa [N. del T.].

III

LA CIUDAD DEL ANTICRISTO

“**L**a mujer que has visto es aquella gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra”[1]. De este modo el Ángel interpreta ante San Juan la visión de la Gran Ramera, la encantadora, que sedujo a los habitantes de la tierra. La ciudad de la que se habla en estos términos evidentemente Roma, que era entonces la sede del imperio que dominaba toda la tierra, cuyo poder era supremo aun en Judea. Escuchamos hablar de los romanos a lo largo de los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles. Nuestro Salvador nació cuando Su madre, la Santísima Virgen, y José, fueron llevados a Belén para pagar impuesto al gobernador romano. Fue crucificado bajo Poncio Pilato, el gobernador romano. San Pablo fue protegido en reiteradas oportunidades por su condición de ciudadano romano; por otra parte, fueron los gobernadores romanos quienes lo capturaron e hicieron prisionero hasta que por fin fue enviado a Roma, ante el emperador, y allí fue martirizado junto con San Pedro. Por lo tanto la soberanía, de Roma en la época en que Cristo y sus Apóstoles predicaron y escribieron, un hecho de notoriedad histórica, es también patente en el mismo Nuevo Testamento. Sin lugar a dudas, a esto se refiere el Ángel cuando habla de “la gran ciudad que reinó sobre la tierra”.

La conexión de Roma con el reino y las gestas del Anticristo es un tema tan presente en las controversias de hoy en día, que puede valer la pena considerar, luego de todo lo que he dicho acerca del último enemigo de la Iglesia, lo que las profecías escriturísticas dicen con relación a Roma. Esto es lo que intentaré hacer, como antes, bajo la guía de los primeros Padres.

I

Observemos qué es lo que se dice boca del Ángel con relación a Roma, en el pasaje más arriba citado, y qué es lo que podemos deducir de ello.

Esta gran ciudad es descrita bajo la imagen de una mujer, cruel, disoluta e impía, ataviada de esplendor mundano, en púrpura y escarlata, en oro, piedras preciosas y perlas, esparciendo y bebiendo la sangre de los santos, hasta embriagarse con ella. Más aún, ella es llamada “Babilonia la Grande”, para significar su poder, riqueza, profanidad, orgullo, sensualidad y espíritu perseguidor, según el modelo de aquél antiguo enemigo de la Iglesia. No necesito explicar acá cómo todo esto responde perfectamente al carácter y a la historia de la Roma del tiempo en que habla San Juan. Nunca hubo un pueblo más ambicioso, arrogante, duro de corazón y mundano que el romano; nunca lo hubo, pues ningún otro pueblo tuvo la oportunidad de perseguir hasta tal punto a la Iglesia. Los cristianos sufrieron diez persecuciones terribles que extendieron durante más de doscientos cincuenta años. No alcanzaría el día para llevar la cuenta de las torturas que sufrieron por parte de Roma, de tal modo que la descripción del Apóstol tuvo posteriormente, como profecía, un cumplimiento tan notable, como precisa había sido en su momento bajo la forma de relato histórico.

Esta ciudad culpable, representada por San Juan como una mujer depravada, está sentada sobre “un monstruo color escarlata, repleto de nombres de blasfemia, que tiene siete cabezas y diez cuernos”[2]. De aquí somos conducidos al capítulo séptimo Daniel, en el cual los cuatro grandes imperios del mundo son representados bajo la figura de cuatro bestias: un león, un oso, un leopardo y un monstruo innominado, “diverso” del resto, “espantoso y terrible, y tremendamente fuerte”; “que tenía diez cuernos”[3]. Ésta es ciertamente la misma bestia de San Juan vio: los diez cuernos la caracterizan. Ahora bien, la cuarta bestia la profecía de Daniel es un Imperio romano; por lo tanto, “la bestia”, en la cual la mujer está sentada, es ese mismo Imperio. Y esto concuerda en forma muy precisa con lo sucedido históricamente, puesto que Roma, la señora del mundo, se sentó y fue llevada triunfalmente por ese mismo mundo que ella había sometido, domado y hecho su criatura.

Además el profeta Daniel interpreta qué los diez cuernos del monstruo son “diez reyes que surgirán”[4] a partir de este Imperio; con lo cual concuerda San Juan al decir: “los diez cuernos que has visto son diez reyes que

---

1. Ap 17, 18.
2. Ap 17, 3.
3. Dan 7, 7.
4. Dan 7, 24.

todavía no han recibido reino alguno, pero que recibirán poder como reyes durante una hora con la bestia"[5]. Por otra parte, en una visión anterior, Daniel habla del Imperio como destinado a ser "dividido", "en parte fuerte y en parte frágil"[6]. Más aún, este Imperio, la bestia de carga de la mujer, por fin se levantará contra ella y la devorará, como un animal salvaje que se rebela contra su amo, y esto deberá suceder durante su estado y dividido o múltiple. Estos diez cuernos que has visto la aborrecerán y la dejarán sola y desnuda, y devorarán su carne y la consumirán por el fuego"[7]. Ése será el fin de la gran ciudad. Finalmente, tres de los reyes, tal vez todos, serán sometidos por el Anticristo, quién aparecerá cuando ellos estén en el poder, pues ése es el curso de la profecía de Daniel: "Otro se levantará luego de ellos, y será diferente de los primeros y subyugará a tres reyes. Y proferirá palabras arrogantes contra el Altísimo oprimirá a los santos del Altísimo y pretenderá mudar los tiempos y las leyes; y ellos serán entregados en su mano hasta un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo"[8]. Este poder que surgirá por sobre los reyes es el Anticristo; y desearía que observéis cómo Roma y el Anticristo se relacionan mutuamente en la profecía. Roma caerá antes del surgimiento del Anticristo, puesto que los reyes destruirán Roma, y luego el Anticristo aparecerá y suplantará a los reyes. Por lo que podemos juzgar a partir de las palabras, esto parece claro. Primero, San Juan dice: Los diez cuernos odiarán y devorarán" a la mujer; en segundo lugar, Daniel dice: "Yo contemplaba los cuernos, y he aquí que surgió de entre ellos otro pequeño cuerno", esto es el Anticristo, "ante el cual (o junto al cual) tres de los primeros cuernos fuera arrancados de raíz"[9].

2

Consideremos ahora hasta que punto estas profecías se han cumplido, y qué resta por cumplirse.

En primer lugar, el Imperio romano se ha quebrado como estaba predicho. Se dividió en un número de reinos independientes, tales como el nuestro, Francia, y otros más; pero *todavía es* difícil numerar diez exacta y precisamente. En segundo lugar, aunque Roma ciertamente ha sido desolada del modo más pavoroso y miserable, *todavía* no ha padecido exactamente sufrimientos por parte de diez secciones de su antiguo imperio, sino de bárbaros que cayeron sobre ella desde regiones externas. En tercer lugar, todavía existe como ciudad, *mientras que,* según la profecía, debería ser "desolada, devorada y consumida por el fuego". Y en cuarto lugar, existe *un* punto de la descripción de la ciudad impía que permanece prácticamente incumplido en el caso de Roma. Ella deberá tener "en su mano una copa de oro llena de abominaciones", y deberá "embriagar a todos los habitantes de la tierra con el vino de su fornicación"[10], expresión que sin lugar a dudas denota algún tipo de seducción o de engaño que le será permitido practicar sobre el mundo, y que todavía no se ha cumplido, en el caso de esa gran ciudad imperial sobre las siete colinas de la palabra San Juan. Por lo tanto hay aquí cuestiones que requieren alguna consideración.

Digo que, hasta el presente, el Imperio romano no ha sido verdaderamente dividido en diez partes. El profeta Daniel es conspicuo entre los escritores inspirados por la claridad y exactitud de sus predicciones; tan es así que algunos incrédulos, superados por la verdad de las mismas, sólo pueden refugiarse en la suposición indigna, irracional e insostenible de que fueron escritas luego de que los hechos que pretenden vaticinar. Pero en el caso de los diez reyes, no tenemos ese exacto cumplimiento histórico; en consecuencia, debemos suponer que todavía no ha ocurrido. Esto concuerda con la antigua creencia de que dichos reyes debían aparecer hacia el fin del mundo, y sólo por un corto tiempo, hasta el advenimiento del Anticristo. De hecho, ha habido aproximaciones al número diez, pero más no puedo decir al respecto.

Veamos ahora cómo el actual estado de cosas se corresponde con la profecía y con la antigua interpretación de la misma. Es difícil decir si el Imperio romano ha desaparecido o no; en un sentido ya no existe, puesto que no

5. Ap 17, 12.
6. Dan 2, 41-42.
7. Ap 17, 16.
8. Dan 7, 24-25.
9. Dan 7, 8.
10. Ap 17, 4, 2.

se puede asignar una fecha en la cual haya llegado a su fin, y mucho puede decirse acerca de los varios sentidos según los cuales puede ser considerado como aún existente, aunque un estado mutilado y decaído. Pero si esto es así, y si debe culminar en diez vigorosos reyes como dice Daniel, entonces un día debe *revivir.* Veamos ahora cómo la descripción profética da cuenta de este hecho.

“La bestia salvaje”, esto es, el Imperio romano, “el monstruo que tú has visto, *era y ya no es, y ascenderá* del abismo, y avanza hacia su perdición”[11]. Nuevamente se hace mención del “Monstruo que era, *y ya no es y sin embargo es”.* Nuevamente se nos dice en forma expresa que los diez reyes y el Imperio surgirán juntos; los reyes aparecerán al tiempo de la resurrección del monstruo, no durante su estado lánguido y aletargado. “Los diez reyes (...) no han recibido aún el reino, pero recibirán poder como reyes junto con la bestia sólo por una hora”[12]. Por lo tanto, sin el Imperio romano todavía está postrado, los diez reyes no han surgido aún; y si los diez reyes no han aparecido, los llamados a destruir a la mujer, y la sentencia definitiva sobre Roma, todavía no han llegado.

3

En consecuencia, el juicio pleno sobre Roma todavía no se ha realizado; sin embargo, sus sufrimientos y los de su Imperio han sido muy severos. San Pedro parece predecirlos como inminentes en su primera epístola. Parece sugerir que la visita de nuestro Señor, que estaba comenzando en ese momento, no era una venganza local o momentánea sobre un pueblo o ciudad particular, sino un juicio solemne extendido sobre toda la tierra, pero que debía comenzar en Jerusalén. “El tiempo ha llegado -dice- en que el juicio debe comenzar por la *casa* de Dios [en la ciudad santa]; y si primero comienza entre nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen el Evangelio de Dios? Y si los justos apenas serán salvos [o sea, el resto que debía salir de Sión; de acuerdo con la profecía aquella simiente elegida de la Iglesia judía que recibió a Cristo cuando Él vino, y que tomó el nuevo nombre de Cristianos, y creció y se desplegó en una Iglesia nueva, o en otras palabras, los elegidos, de los cuales nuestro Salvador dice que estarán involucrados en todas las persecuciones y castigos del pueblo elegido, y que al mismo tiempo serán preservados hasta el fin], si los justos apenas serán salvos, ¿qué será del impío y del pecador? [o sea, los hablantes del mundo y general]”[13].

Nos encontramos entonces con una alusión a la presencia de un terrible flagelo que se abatía en aquel momento sobre el mundo impío, comenzando por la apóstata Jerusalén. Y de hecho, así ocurrieron las cosas: la venganza cayó primero sobre la ciudad santa, que fue destruida por los romanos, luego se desató sobre los ejecutores mismos[14]. El imperio se desorganizó y se partió en pedazos en medio de disensiones e insurrecciones, plagas, hambrunas y terremotos, mientras innumerables hordas de bárbaros lo atacaban por el norte y por el este, despedazándolo y quemando y saqueando a la misma Roma. El juicio que comenzó en Jerusalén recorrió el mundo por siglos y siglos, hasta que por fin llegó a su cumplimiento hiriendo a la arrogante señora de las naciones, la mujer culpable montada sobre el cuarto monstruo que vio Daniel. Mencionaré una o dos de estas terribles devastaciones.

Hordas de bárbaros invadieron el mundo civilizado, el imperio romano. Una multitud -aunque la palabra multitud es muy débil para describirlos- invadió Francia[15], que vivía en paz y prosperidad bajo la sombra Roma. Asolaron e incendiaron la ciudad y el campo. Diecisiete provincias fueron convertidas en un desierto. Ocho ciudades metropolitanas fueron incendiadas y destruidas. Multitudes de cristianos perecieron aun dentro de las iglesias.

---

11. Ap 17, 8.

12. Ap 17, 12.

13. I Pe 4, 17-18. Ver también Jer 25, 28-29; Ez 9, 6.

14. Ver Is 47, 5-6.

15. Estos acontencimientos tuvieron lugar en el año 407. Cfr. Gibbon, *Historia de la decadencia y de la caída del Imperio Romano*, vol. V, cap. 30.

La feraz costa de África fue escenario de otra de estas invasiones[16]. Los bárbaros no dieron cuartel a nadie que se les opusiese. Torturaron a sus cautivos, sin importarles edad, rango o sexo, para forzarlos a descubrir sus riquezas. Trasladaron los habitantes de las ciudades a las montañas. Saquearon las iglesias. Tan completa fue la destrucción que ni los árboles frutales escaparon a ella.

Con respecto a los castigos inflingidos por manos de la naturaleza mencionar sólo tres de entre muchos otros. Primero, una inundación del mar en todas partes del imperio Oriental; el agua cubrió la costas dos millas tierra adentro, arrasando con las casas y los habitantes a lo largo de miles de millas. Una gran ciudad [Alejandría] perdió cincuenta mil personas[17].

Segundo, una serie de terremotos, algunos de los cuales fueron sentidos en todo el imperio. Constantinopla fue sacudida durante más de cuarenta días. En Antioquía 250.000 personas perecieron en otro terremoto.

Tercero, una plaga que se extendió (languideciendo y reviviendo) durante cincuenta y dos años. En Constantinopla, durante tres meses murieron diariamente cinco mil personas, y hacia el final final diez mil. Todos estos datos los tomo de un escritor moderno que no es favorable al Cristianismo, ni crédulo en materia de testimonios históricos. En algunas regiones la población fue arrasada y no se ha recuperado hasta nuestros días[18].

Tales fueron los flagelos con los cuales la cuarta bestia de la visión de Daniel fue humillada, "los terribles azotes del Señor Dios, la espada, el hambre y la peste"[19]. Tal fue el proceso por el cual "aquel que le retiene", (en el lenguaje San Pablo) comenzó a "ser retirado"[20], aunque no del todo hasta hoy.

Y mientras el mundo era así atormentado, no lo era menos la orgullosa ciudad que lo había regido. Roma fue tomada por asalto y saqueada tres veces. Los habitantes fueron asesinados, hechos cautivos, u obligados a dispersarse por toda Italia. Él oro las joyas de la reina de las naciones, su púrpura y sedas preciosas, y sus obras de arte, fueron robadas o destruidas.

4

Estos sucesos grandiosos y notables ciertamente forman parte del predicho juicio sobre Roma, pero al mismo tiempo no llegan a realizar exactamente la profecía, la cual dice expresamente por un lado, que las diez porciones del mismo Imperio que había casi muerto, se levantarán contra ciudad, "y la dejarán sola y desnuda y la consumirán por el fuego"[21], lo que todavía no han hecho. Por otra parte, está profetizado que la ciudad experimentará una *total* destrucción, lo que todavía no le ha ocurrido, puesto que aún existe. Las palabras de San Juan acerca de este punto son claras y precisas. "Babilonia la grande ha caído, ha caído; y se ha convertido en morada de demonios, en guarida de espíritus inmundos, en guarida de toda clase de aves inmundas y detestables"[22]; palabras que parecen referirse a la maldición lanzada contra la verdadera Babilonia, y sabemos cómo se realizó dicha maldición. El profeta Isaías había dicho que en Babilonia "morarán bestias salvajes del desierto y sus casas se llenarán de creaturas lastimosas, y habitarán ahí búhos, y los sátiros [o sea los demonios] danzarán allí[23], incluso es difícil decir donde estaba ubicada realmente, tan grande es su desolación. San Juan parece predecir dicha desolación con relación a la ciudad criminal y perseguidora que estamos considerando; y a pesar de lo que ya ha sufrido, dicha ruina no ha caído sobre ella todavía. De nuevo,

---

16. Año 430; op. Cit., vol. VI, cap. 33.

17. Año 365; op. Cit., vol. IV, cap. 26.

18. Año 540; op. Cit., vol. VII, cap. 43.

19. Ez 14, 21.

20. II Tes 2, 7.

21. Ap 17, 16.

22. Ap 18, 2.

23. Is 13, 21.

“ella será completamente consumida por el fuego, pues fuerte es el Señor Dios quien la ha juzgado”[24]. Sin dudas, esto implica destrucción total, aniquilación. Y nuevamente, “un ángel poderoso tomó una roca, como una gran piedra de molino, y la arrojó al mar, diciendo: “Así de golpe, será arrojada Babilonia la gran ciudad, *y nunca jamás será hallada*”[25].

Quisiera agregar a todos estos pasajes la siguiente reflexión. Indudablemente la Escritura habla de Roma como de un enemigo más inveterado de Dios y de sus santos que la misma Babilonia; habla de ella como la impureza y ruina del mundo. Luego, si Babilonia ha sido completamente destruida, con mucha más razón es dable conjeturar que Roma será destruido un día.

Inclusive podemos observar que hombres santos de la primitiva Iglesia ciertamente pensaron que las invasiones bárbaras no eran todo lo que Roma debía recibir en concepto de venganza, sino que Dios un día la destruiría por la furia de los elementos. “Roma -dice el Papa Gregorio. en momentos en que un conquistador bárbaro había tomado posesión de la ciudad, y todo parecía indicar su destrucción-, no será destruida por las naciones mas se consumirá internamente por tormentas de rayos, torbellinos y terremotos”[26]. Concuerda con esto la profecía adjudicadas a San Malaquías de Armagh, un arzobispo medieval (1130 d.C), quien declara: “En la última persecución de la Santa Iglesia, Pedro de Roma ocupará el trono y apacentará su rebaño en medio de numerosas tribulaciones. Cuando éstas hayan finalizado, *la ciudad sobre las siete colinas será destruida*, y el juez tremendo juzgará al pueblo.”

5

Esto es lo que puede decirse desde un punto de vista, pero también algo puede decirse desde otro; no ciertamente mostrar que la profecía se ha cumplido en su totalidad, sino que, ésto supuesto, aquello que todavía debe cumplirse no concierne a Roma sino a algún otro objeto u objetos de la ira divina. Explicaré en dos puntos aquello que quiero decir.

En primer lugar, ¿Por qué Roma no ha sido destruida todavía? ¿Por qué razón los bárbaros no la aniquilaron? Babilonia sucumbió bajo la mano de vengador enviado contra ella; Roma, no ¿Por qué razón? Puesto que si ha habido algo que difiriese la venganza destinada a Roma, podría ser que dicho obstáculo actuase todavía y retuviese la mano levantada de la cólera divina hasta que venga el fin. La causa de esta inesperada prórroga parece ser simplemente la siguiente: cuando los bárbaros cayeron sobre Roma, Dios tenía un pueblo en esa ciudad. Babilonia era una mera prisión de la Iglesia, Roma la había recibido como huésped. La Iglesia moraba en Roma, y mientras sus hijos sufrían en la ciudad pagana a manos de los bárbaros, al mismo tiempo ellos fueron la vida y la sal de la ciudad de sus padecimientos.

Los cristianos entendieron esto en su momento y sacaron provecho de su situación. Recordaron la intercesión de Abraham por Sodoma y el anuncio misericordioso que Dios les hizo: de haber existido diez hombres justos en ella, la ciudad se había salvado[27].

Cuando la ciudad fue sitiada, amenazada y, finalmente, vencida, los paganos gritaron que el Cristianismo era la causa de esto. Dijeron que siempre habían florecido bajo sus ídolos, y que estos ídolos o demonios (ellos les llamaban dioses) estaban disgustados debido al número de romanos que se habían convertido a la fe del Evangelio, y que en consecuencia se había vengado abandonándolos a sus enemigos. Por otra parte, se burlaron de los cristianos diciéndole: “¿Donde está ahora vuestro Dios? ¿Por qué no lo salva? Vuestra situación no es mejor que la nuestra”. Y como el mal ladrón, repetían: “Si tú eres el Cristo sálvate a Tí mismo y a nosotros”; o como la multitud: “si Él es el Hijo de Dios, que descienda de la cruz”[28].

---

24. Ap 18, 8.

25. Ap 18, 21.

26. Gregorio Magno, *Diálogos* II, 15.

27. Cfr. Gen 18, 32.

28. Cfr. Lc 23, 39; Mt 27, 39-40.

Estas cosas ocurrieron en vida de uno de los más celebrados obispos y doctores de la Iglesia, San Agustín, quien respondió el desafío. Respondió a los paganos y también a sus hermanos, algunos de los cuales se encontraban ofendidos y golpeados por el hecho de que dichas calamidades hubiesen sobrevenido a una ciudad que se había vuelto cristiana[29]. Señaló a las ciudades pecadoras que habían sido visitadas y destruidas, mientras que Roma había sido preservada. He aquí, dijo San Agustín, el completo cumplimiento de la promesa de Dios, anuncia a Abraham: por el bien de los cristianos que la habitaban, Roma fue castigada, más no destruida totalmente.

Los hechos históricos apoyan la interpretación de San Agustín. Dios dispuso en forma visible, y no solamente en su secreta providencia, que la Iglesia fuese la salvación de la ciudad. El fiero conquistador Alarico, el primero en asaltarla, exhortó a sus tropas "a respetar las Iglesias de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, como santuarios sagrados e inviolables". Además, ordenó que un cantidad de plata consagrada a San Pedro fuese devuelta a su Iglesia desde el sitio dónde había sido encontrada[30].

Nuevamente, cincuenta años después, cuando Atila hacía avanzada soy la ciudad. San León, el obispo de Roma de aquel tiempo, fue a su encuentro acompañado de dos emisarios, y logró hacerlo desistir de su propósito.
Unos pocos años después, Genserico, el más salvaje de los conquistadores bárbaros, apareció delante de la ciudad inerme. El mismo intrépido prelado salió a su encuentro a la cabeza de su clero, y aunque no logró preservar a la ciudad del pillaje, pudo sin embargo obtener la promesa de que la población indefensa será perdonada, los edificios protegidos del fuego, y los cautivos no serían torturados[31].

Y la Iglesia Cristiana protegió también de los godos, hunos y vándalos, a la ciudad culpable en la cual ella moraba. ¡Que maravillosa disposición de la divina Providencia, ostensible incluso diariamente! La Iglesia santifica al mundo y sin embargo sufre con él; compartiendo sus sufrimientos, no obstante los aliviana. En el caso que estamos considerando, ella ha (podemos humildemente decir) suspendido hasta ahora la venganza destinada a caer sobre la ciudad ebria de la sangre de los mártires de Jesús. Esta venganza nunca ha sido ejercida, está simplemente suspendida; ninguna otra razón puede aducirse para explicar por qué Roma no ha caído bajo la regla general del trato que Dios dispensa a sus criaturas rebeldes, y no ha sufrido (de acuerdo con la profecía) la plenitud de la ira divina que había comenzado a descargarse sobre ella, sino que todavía se encuentra en ella una Iglesia Cristiana santificándola, intercediendo por ella, salvándola en definitiva. Consideramos, que dicha porción de la Iglesia Cristiana, con el correr del tiempo, se ha infectado con los pecados de la misma Roma, y ha aprendido a ser ambiciosa y cruel a la manera de aquellos que poseyeron la ciudad antiguamente[32]. Mas si ella fuera ahora lo que algunos piensan, si fuese tan réproba como la Roma pagana misma, ¿qué detiene el juicio tiempo atrás comenzado? ¿Por qué el Brazo Vengador, que descargó su primer golpe siglos atrás, demora el segundo y el tercero, hasta que la ciudad haya caído? ¿Por qué no es Roma como Sodoma y Gomorra, si no hay en ella hombres justos?

Esta es, por lo tanto, la primera observación que deseo realizar con respecto al dicho incumplimiento de la profecía; tal vez, debido a la divina clemencia, ésta será pospuesta hasta el mismísimo fin, y nunca realizada. Acerca de esto, nada podemos saber en un sentido o en otro.

En segundo lugar, puede considerarse que, así como Babilonia es un "tipo" de Roma, y del mundo del pecado y de la vanidad, del mismo modo Roma puede muy bien ser "tipo" de alguna otra ciudad, o de un mundo soberbio y engañoso. La mujer se dice tanto de Babilonia como de Roma, y así como ella es algo más que Babilonia –es decir Roma-, así también podría ser algo más que Roma, algo que todavía está por venir. Varias grandes ciudades de la Escritura son, en su irreligiosidad y ruina, "tipos" del mundo mismo. Su fin es descrito en figuras que sólo se aplican en su plenitud al fin del mundo; se dice que el sol y la luna caen, que la tierra tiembla, y que

---

29. San Agustín, *De Civitate Dei*, 1, 1-7, PL 41, 13-20; *De Urbis Excidio*, PL 40, 715-724.

30. Cfr. Gibbon, *op. Cit*., vol. V, cap. 31.

31. Cfr. Gibbon, *op. Cit*., vol. VI, cap. 35, 36.

32. Recordemos que Newman pronunció estos sermones en el año 1835, diez años antes de su conversión a la Iglesia Católica [N. del t.].

las estrellas caen del cielo[33]. En la profecía de Nuestro Señor, la destrucción de Jerusalén es asociada al fin de todas las cosas. Como su ruina prefigura un juicio mayor y más amplio, los capítulos a los que me he estado refiriendo pueden tener un cumplimiento ulterior, no es Roma sino en el mundo mismo, o en alguna otra gran ciudad a la cual no podemos el presente aplicarlos, o a todas las grandes ciudades del mundo en su conjunto, y al espíritu que impera en ellas: espíritu de avaricia, lujuria, autodependencia e irreligión. Y en este sentido ya se ha cumplido una parte del capitulo que estamos considerando, que no se aplica a la Roma pagana. Me refiero a la descripción de la mujer emborrachando a los hombres con su sortilegios y engaños, pues no otra cosa que una intoxicación, es ese espíritu arrogante, impío, falsamente liberal y mundano que desde las grandes ciudades se extiende por toda una nación.

6

Resumamos todo lo dicho. La pregunta que nos hemos formulado es la siguiente: ¿No es acaso cierto (como se dice y cree comúnmente) que Roma aparece en el Apocalipsis jugando un papel importante en los sucesos que tendrán lugar el fin de los tiempos por intermedio, o luego del tiempo del Anticristo? A lo que respondo del siguiente modo. El juicio de Roma ha tenido lugar en gran parte cuando su Imperio le fue quitado; las persecuciones a la Iglesia han sido en gran medida vengadas, y las profecías concernientes a ella se han cumplido. El que ella sea ulteriormente juzgada depende de dos circunstancias. Primero que Dios permita en su gran misericordia que los “hombres justos” de la ciudad, quienes la salvaron en su primer juicio, puedan hacerlo nuevamente. Segundo, que la profecía se refiera en su totalidad a Roma, o más bien a otra entidad o entidades de las cuales Roma, es un tipo. Inclusive digo que, si lo divinos oráculos afirman que Roma debe ser todavía juzgada, esto debe realizarse antes de la venida del Anticristo, pues éste deberá vencer a diez reyes, y durar por un cierto tiempo, pero son los diez reyes los que deberán destruir a Roma. Por otra parte, en todo caso parece claro que la profecía propiamente dicha todavía no se ha cumplido, no importa lo que decíamos acerca del papel que juega Roma en ella. El Imperio romano todavía no se ha dividido en diez cabezas, ni se ha levantado contra la mujer, no importa lo que ella represente, ni ella ha recibido su juicio definitivo.

Se nos advierte contra el peligro de tener parte en sus pecados y en su castigo; de ser hallados, cuando el fin sobrevenga, como meros hijos de este mundo y de sus grandes ciudades; con gustos, opiniones y hábitos propios de las mismas; con un corazón dependiente de la sociedad humana y una razón moldeada por ésta. Se nos advierte contra el peligro de encontrarnos el último día delante nuestro Juez, lleno de los bajos sentimientos, principios y fines que el mundo fomenta; con nuestros pensamientos vagando (si eso fuere entonces posible) detrás de las vanidades; con pensamientos no más elevados que la consideración de nuestras propias comodidades y ventajas; con un alivio desprecio por la Iglesia, sus ministros y sus simples; con un amor por el rango y el *status,* por el esplendor y las modas del mundo, con una afectación de refinamiento, una dependencia de las fuerzas de nuestra razón, una habitual autoestima y una completa ignorancia del número y atrocidades de los pecados que testifican en contra nuestra. Si somos hallados en estado cuando el fin sobrevenga, ¿dónde nos encontraremos cuando el juicio haya culminado y los santos hayan sido llevados al cielo, y haya silencio y tinieblas donde antes había alegría y expectación? ¿Podrá entonces la gran Babilonia procurarnos algún bien, como si ella fuese inmortal, así como nosotros sí lo somos?

Los hombres de hoy día[34] dan nombres seductores a los pecados y a los pecadores. Pero en aquella hora todos los ciudadanos de Babilonia aparecerán bajo su verdadera luz, aquella que la Palabra de Dios arroja sobre ellos: “perros, hechiceros, impuros, asesinos, idólatras, amigos y fautores de la mentira”[35].

---

33. Cfr. Is 13, 10; Mt 24, 29.

34. Este párrafo sólo se encuentra en la citada versión francesa [N. del T.].

35. Ap 22, 15.

IV

LA PERSECUCIÓN DEL ANTICRISTO

Estamos tan acostumbrados a escuchar acerca de las persecuciones de la Iglesia, tanto por el Nuevo Testamento como por la historia de la Cristiandad, que no podemos evitar el considerar sus descripciones como simples palabras, o hablar de ellas sin comprensión de lo que estamos diciendo, y no recibir ningún beneficio práctico de sus narraciones. Y mucho menos de considerarlas como lo que realmente son: una señal característica de la Iglesia de Cristo. No son ciertamente un atributo necesario de la Iglesia, pero se trata al menos de una de sus insignias características, de tal modo que si uno echa un vistazo al curso completo de su historia, reconocerá a las persecuciones como una de las peculiaridades que permiten reconocerla. Y Nuestro Señor parece dar a entender cuán apropiada, cuán natural es la persecución de la Iglesia, al incluirla entre sus Bienaventuranzas: “Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el Reino de los Cielos”[1]. El Señor da entonces a la persecución el mismo elevado y noble rango en el conjunto de las gracias evangélicas que el Sábbath tiene entre preceptos del Decálogo; quiero decir, como una especie de signo y señal de Sus seguidores, colocado como tal en el código moral, aunque sea en sí mismo externo a él.

Él parece mostrarnos esto también de otro modo, insinuándonos que la Iglesia comienza y termina en la persecución. Él la dejó en la persecución y la hallará en la persecución. La Iglesia que Él reconoce como suya, la que Él ha edificado y reivindicará, es una Iglesia perseguida, qué porta Su Cruz. Y está tremenda reliquia que Él le ha entregado, y que ella poseerá hasta el fin, no puede perderse en el camino.

El profeta Daniel, que tantos vaticinios nos ha dejado acerca de los últimos tiempos, nos habla acerca de la gran persecución por venir. “Habrá un tiempo de tribulación tal, cual nunca lo hubo hasta entonces, desde que existen las naciones y en aquel tiempo se salvará tu pueblo, todo aquel que haya sido hallado en el libro”[2], Nuestro Señor parece referirse a estas palabras en su solemne profecía antes de Su pasión, en la cual Él abarca dos series de eventos: aquellos que acompañaron a su primera venida, y los que lo harán con la segunda; ambas persecuciones de Su Iglesia, la primera y la postrera. Escuchemos sus palabras: “Entonces habrá una gran tribulación, cual no la hubo desde el inicio del mundo hasta entonces ni la habrá, y a menos que dichos días sean acortados, ninguna carne será salva; mas por razón de los elegidos, aquellos días serán acortados”[3].

Concluye con lo que tengo que decir acerca de la venida del Anticristo hablando de la persecución que la acompañara. Al hacerlo no hago más que expresar el juicio de la Iglesia primitiva, como he tratado de hacerlo todo a lo largo de estos sermones, y cómo me propongo realizarlo en lo que sigue.

I

En primer lugar, citaré algunos de los principales textos que parecen referirse a esta persecución final.

“Se levantará otro luego de ellos y (…) proferirá palabras contra el Altísimo, y hostigará a los santos del Altísimo e intentará cambiar los tiempos y la ley; y los santos serán entregados en sus manos durante un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo”[4] esto es, tres años y medio.

“Profanarán el santuario-ciudadela y abolirán el Sacrificio Perpetuo y pondrán allí la abominación de la desolación, y corromperán con halagos a los violadores de la Alianza, pero el pueblo que conoce a su Dios se mantendrá fuerte y hará proezas. Y los sabios de entre el pueblo enseñarán a muchos, aunque caerán bajo la espada, la llama, la cautividad y la expoliación, durante algún tiempo”[5].

“Muchos serán purificados, y blanqueados y probados, más los inicuos seguirán obrando mal (…) y desde el

1. Mt 5, 10.
2. Dan 12, 1.
3. Mt 24, 21-22.
4. Dan 7, 24-25.
5. Dan 11, 31-33.

tiempo en que el Sacrificio Perpetuo sea retirado y sea eregida la abominación de la desolación, transcurrirán mil doscientos noventa días"[6].

Habrá una gran tribulación, como no la hubo desde el comienzo del mundo"[7], y así siguiendo, como he dicho más arriba.

"Y se le dio una boca que profería grandes cosas y blasfemaba; y se le dio poder para obrar durante cuarenta y dos meses. Y abrió su boca para blasfemar contra Dios, para blasfemar contra Su nombre, contra Su tabernáculo y contra los que moran en el cielo. Y le fue concedido hacer la guerra contra los santos y vencerlos (...) Y todos los que viven en la tierra y adorarán, aquellos cuyo nombre no está escrito en el libro de la vida del Cordero inmolado desde la fundación del mundo"[8].

"Vi un Ángel que descendía del cielo portando la llave del abismo y una gran cadena en su mano, y se sujetó al dragón, a la serpiente antigua que es el demonio y Satanás, y lo encadenó por mil años (...) y luego de esto deberá ser liberado por poco tiempo (...) y saldrá y engañará a las naciones de los cuatro rincones del orbe, a Gog y Magog, a reunirlos para la guerra, numerosos como las arenas del mar. Y subieron por todo el ancho de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada"[9].

Los primeros cristianos interpretaron estos pasajes como relativos a la Persecución que se desencadenaría en los últimos tiempos, y todo conduce a creer que efectivamente a ella se refieren. Ciertamente, palabras de Nuestro Señor acerca de la gran tribulación por venir, parecen referirse en primera instancia a las persecuciones iniciales, a las cuales los primeros Cristianos se vieron expuestos, y sin duda que así es; sin embargo, por violentas que estas persecuciones hayan sido, no fueron consideradas por los mismos hombres que las padecieron como el verdadero cumplimiento de la profecía; y esto es ciertamente una fuerte razón para pensar que no lo fueron. Esto se ve confirmado por pasajes paralelos, comos las palabras de Daniel que hemos citado, quién ciertamente habla de una persecución todavía futura; si Nuestro Señor utilizó las mismas palabras, y estaba hablando de lo mismo que Daniel, entonces cualquiera que haya sido el cumplimiento parcial de Su profecía haya tenido en la historia de la primitiva Iglesia, Él ciertamente se refiere a la última persecución, si tomamos Sus palabras en toda su amplitud. Él dice: "Habrá una gran tribulación, como no la hubo desde el comienzo del mundo hasta este tiempo ni la habrá, y a menos que dichos fuesen acortados, ninguna carne sería salva; mas en atención a los elegidos, dichos días serán abreviados"[10]. E inmediatamente después: "Se levantarán falsos Cristos y falsos profetas que harán grandes signos y portentos, capaces de engañar, si fuese posible, a los mismos elegidos"[11]. En consonancia con este lenguaje, Daniel dice: "Habrá un tiempo de tribulación, tal cual nunca lo hubo hasta entonces, desde que existen las naciones; y en aquel tiempo se salvará tu pueblo, todo aquel que haya sido hallado en un libro"[12]. Uno de los pasajes del Apocalipsis que he citado dice lo mismo, e incluso con más fuerza: "Le consedido hacer la guerra contra los altos y vencerlos (…) Y todos lo que viven en la tierra le adorarán, aquellos cuyo nombre no está escrito en el libro de la vida"[13].

2

Tratemos ahora de comprender y profundizar en esta idea que acabamos de presentar a nuestra consideración: aunque la Iglesia ha sido preservada de la persecusión durante mil quinientos años, sin embargo una persecución la aguarda antes del fin, más feroz y peligrosa que cualquiera que haya sufrido desde su comienzo.

6. Dan 12, 10-11.
7. Mt 24, 21.
8. Ap 13, 5-8.
9. Ap 20, 1-9.
10. Mt 24, 21-22.
11. Mt 24, 24.
12. Dan 12, 1.
13. Ap 13, 7-8.

Más aún, esta persecución estará acompañada por la cesación de todo culto religioso: “Abolirán el Sacrificio Perpetuo”[14]. Los Padres de la Iglesia interpretaron estas palabras en el sentido de que el Anticristo suprimirá durante tres años y medio todo culto religioso. San Agustín se pregunta, incluso, si el bautismo será administrado a los niños en dicho periodo.

Aún más, se nos dice que “pondrán la abominación de la desolación”[15] en el Lugar Santo, que allí “la erigirán”. Nuestro Salvador dice lo mismo. No podemos saber con certeza qué significa esto, mas en el precedente cumplimiento de la profecía consistió en la introducción de los ídolos paganos en la casa de Dios.

Aparentemente, el reino del Anticristo será apoyado por un despliegue de milagros parecido al que los magos de Egipto efectuaron contra Moisés. Por supuesto que en este tema aguardamos una elucidación más completa del lenguaje profético, que sólo el suceso mismo podrá darnos. Sin embargo, es claro que, sea que se trate de milagros verdaderos o ficticios, o como algunos han sugerido, descubrimientos de las ciencias físicas, el hecho es que producirán el mismo efecto que si fuesen reales, es decir, la fascinación de la imaginación de aquellos que no tengan amor de Dios firmemente arraigado en sus corazones, o sea, de todos excepto los elegidos. La Escritura es marcadamente precisa y consistente en esta predicción. “Signos y prodigios -dice Nuestro Señor- capaces de engañar, si fuese posible, a los mismos elegidos”[16]. San Pablo habla del Anticristo como de uno “cuya venida está señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros y signos y prodigios engañosos, y todo tipo de maldades que seducirán a los que se han de condenar porque no recibieron el amor de la Verdad, que los hubiera salvado. Por eso Dios les enviará un poder seductor que les hará creer en la mentira”[17]. Y San Juan nos dice: “Realizó grandes prodigios, hasta llegar a hacer caer fuego del cielo a la vista de los hombres, y engañó a los habitantes de la tierra por medio de aquellos prodigios que Él tenía poder para realizar en presencia de la bestia”[18].

Por lo tanto, sin detenernos a buscar otros, la última persecución será la más tremenda que cualquiera de las precedentes en estos cuatro aspectos: será en si misma más fiera y más horrenda; será seguida por una suspensión de las disposiciones ordinaria de la gracia: “el Sacrificio perenne”; será acompañada por un establecimiento abierto y blasfemo de la infidelidad, o de alguna enormidad en lo más sagrado de la Iglesia; por último, será seguida por la capacidad de obrar prodigios. ¡Bueno será para los cristianos que dichos días sean cortados! Acordaos por el bien de los elegidos, que de otro modo serían abrumados; acortados, como parecería a tres años y medio.

3

Mucho podrá decirse, es cierto, acerca de cada una de estas cuatro cuestiones, mas me limitaré a realizar una observación acerca de la primera de ellas, o sea, la dureza de la persecución.

Será peor que toda otra persecución anterior. Ahora bien, para entender el alcance de esta afirmación, debemos entender de algún modo en qué consistieron dichas primeras persecuciones

Esto es muy difícil de hacer en unas pocas palabras; sin embargo una muy somera incursión en la historia de la Iglesia nos convencería de que es muy difícil concebir mayores crueldades que aquellas que los primeros cristianos sufrieron a manos de sus perseguidores. Las palabras de San Pablo, hablando de las persecuciones anteriores a su tiempo, no son más que una pálida descripción de la prueba que se abatió sobre la Iglesia en sus días y posteriormente. Él dice acerca de los santos judíos: “Fueron torturados, sin aceptar la liberación (...) soportaron burras y azotes, cadenas y prisión; fueron lapidados, aserrados, tentados, heridos con la espada;

14. Dan 11, 31.
15. *Ibid.*
16. Mt 24, 24.
17. II Tes 2, 9-11.
18. Ap 13, 13-14.

vagaron cubiertos con pieles de cordero y de cabra; fueron destituidos de todo, afligidos, atormentados”[19]. Tales fueron las pruebas de los Profetas bajo la Ley, que en alguna medida anticiparon el Evangelio, tanto en la doctrina como en el sufrimiento; aunque sufrimiento por el Evangelio y la doctrina evangélica fueron mayores y más completos que las prefiguraciones de ambos.

Permítaseme traer, a modo de ejemplo, un fragmento de una carta que da cuenta con cierto detalle de una de las persecuciones en el sur de Francia. Fue escrita por un testigo ocular.

“El furor del populacho, gobernador y soldados, se ensañó especialmente con Sanctus, un diácono, con Maturus, un recientemente convertido, con Attalus, y con Blandina, una esclava, por medio de los cuales Cristo mostró que aquello que es poco estimado entre los hombres tiene, por el contrario, gran valor a los ojos de Dios. Puesto que, cuando todos estábamos atemorizados, y su misma señora temía que, a causa de la debilidad del cuerpo no estuviese en condiciones de confesar la, fe entonces Blandina se vio llena de una fuerza tan grande que, aun aquellos que se turnaban para torturarla de todas las maneras posibles, de la mañana hasta la tarde, se agotaron y abandonaron la empresa, confesando que ella nos había derrotado. Y se asombraban de que permanece viva, siendo que es cuerpo todo estaba lacerado y abierto por los golpes. Mas aquella bendita mujer, como un bravo combatiente, renovó su fortaleza durante su confesión y fue para ella un descanso y un respiro el decir: “Soy una Cristiana” (...) Sanctus también soportó en forma maravillosa y sobrehumana todas las crueldades de los hombres con una noble paciencia (...) y respondía a todas las preguntas diciendo: “Soy un Cristiano”. Cuando ya no tuvieron más nada que hacer con él, le aplicaron planchas de cobre candentes en las partes más delicadas de su cuerpo. Pero, aunque sus miembros y quemaban, él permaneció enhiesto y firme, constante en su confesión, refrescado y fortalecido por la fuente de agua de vida que procede de la entraña de Cristo. Más su cuerpo permaneció como testigo de su padecimientos: todo él era una llaga, desprovista de forma humana”[20].

Pocos días después fueron llevados a los juegos donde se encontraba las fieras salvajes; allí sufrieron nuevamente toda clase de tormentos, como si nada hubiesen padecido anteriormente. Nuevamente fueron azotados, y además forzados a sentarse en la silla de hierro al rojo vivo. Por último, lacerados por las fieras, allí llegaron a su fin. “Pero a Blandina la colgaron de un madero, y quedó expuesta para pasto de las fieras que arrojaban sobre ella”. Posteriormente fue azotada, y por último encerrada en una canasta y arrojada un toro, a merced de cuyas embestidas falleció[21]. Mas el relato es demasiado largo, minucioso y escalofriante, para que continúe con él. Simplemente he querido dar un ejemplo de los sufrimientos que los primeros cristianos padecieron por la malicia del demonio.

Consideremos todavía los sufrimientos que los Vándalos arrianos infligieron a los cristianos en una época posterior. De cuatrocientos sesenta obispos de Africa, confinaron a cuarenta y seis en una región insalubre, a trabajos forzados, y dispersaron a trescientos dos por diferentes rincones de Africa. Diez años más tarde desterraron a doscientos veinte más. En otra oportunidad arrancaron de sus viviendas a cuatro mil cristianos, clérigos y laicos, y los forzaron a marchar por el desierto hasta que murieron por la fatiga o los malos tratos. Laceraron a otros a latigazos, lo quemaron con hierros candentes y le amputaron los miembros[22].

Escuchemos ahora como uno de los primeros Padres, precisamente cuando las primeras persecuciones estaban cesando, medita acerca de las perspectivas que se abre delante de la Iglesia, echando una mirada penetrante a los sucesos de su propio tiempo, tratando de discernir a partir de ellos, en la medida de sus posibilidades, si el mal predicho se aproxima.

“Habrá un tiempo de tribulación cual no lo hubo desde que hay naciones sobre la tierra hasta ese tiempo. El monstruo horrendo, la gran serpiente inconquistable por las fuerzas humanas, presto a devorar (…) El Señor,

---

19. Hebr 11, 35-37.

20. Eusebio de Cesarea, Hist. Eccles., 5, 1, 17-23.

21. Eusebio de Cesarea, Hist. Eccles., 5, 37-38, 40-41.

22. Gibbon, *Historia de la decadencia y de la caída del Imperio Romano*, cap. 37.

conociendo la grandeza del enemigo, en atención a los hombres piadosos dice: “Aquellos que estén en la Judea huyan hacia las montañas”. Sin embargo, si alguno se siente con el corazón suficientemente fuerte para luchar contra Satanás, que se quede [puesto que no dudo del vigor de la Iglesia], qué se quede y que diga: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (…) Demos gracias a Dios, quién limitará la magnitud de la tribulación a unos pocos días: “por razón de los elegidos dichos días serán acortados”. El Anticristo reinará sólo tres años y medio: un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo (...) ¡Bendito quien sea entonces un mártir de Cristo! Considero que los mártires de aquel tiempo serán mayores que todos los mártires, puesto que estos combatieron sólo contra hombres, mientras que aquellos en los tiempos del Anticristo combatirán contra Satanás en persona. Los emperadores perseguidores asesinaron, mas no pretendieron resucitar a los muertos, ni realizar signos y prodigios; pero en aquel tiempo la persuacióon será tanto por la fuerza como por el error, hasta el punto de llegar a engañar, si eso fuese posible, a los mismos elegidos. Que nadie diga en su interior en ese momento: “¿Que hizo Cristo que sea mayor que esto? ¿Con que poder hace este hombre estas cosas? No podría hacerlas a menos que Dios se lo permitiese”. El Apóstol nos advierte diciéndonos de antemano: “Dios les enviará un poder seductor”, no para ser excusados sino con condenados; a saber, todos aquellos que no creyeron la Verdad, esto es, en el verdadero Cristo, sino se complacieron en la iniquidad, esto es, en el Anticristo (...) Por lo tanto ¡prepárate, oh hombre! Has escuchado las señales del Anticristo; no las guardes solamente para ti, sino más bien comunícalas generosamente a todos. Si tienes un hijo según la carne, no te demores enseñarle; si lo has engendrado por la catequesis, adviértelo del mismo modo, a fin de que no reciba lo falso como verdadero. “Pues el misterio de iniquidad ya está actuando”. Temo a las guerras entre las naciones, temo las divisiones entre los cristianos, temo al odio entre hermanos. Mas con esto basta; que Dios no permita que todo esto suceda a nuestros días. Sin embargo, estemos preparados”[23].

4

Tengo dos observaciones para agregar a lo dicho: primero, podemos estar ciertos de que, dicha persecución ha sido profetizada, todavía no ha ocurrido y por lo tanto, está por venir. Podemos estar equivocados en pensar que la Escritura la vaticina, aunque ésta ha sido, yo diría, la creencia común a todas las épocas; pero si es que debe haber una persecución, está tendrá lugar en el futuro. Por esto, toda generación de cristianoa debería escrutar el horizonte desde una atalaya, cada vez más intensamente a medida que tiempo transcurre.

En segundo lugar, observo que, de tiempo el tiempo, aparecen signos que, aunque no nos habilitan para determinar el día, pues esto permanece oculto, nos indican que éste se acerca. El mundo envejece, la tierra se deteriora, la noche está avanzada, el día se avecina[24]. Las sombras comienzan a retirarse, las antiguas formas del imperio que perduraron desde el tiempo en que el Señor estuvo entre nosotros, vacilan y tiemblan ante nuestros ojos, inclinándose y amenazando su próxima caída. Éstas son las cosas que Lo alejan de nosotros. Él está detrás de ellas. Cuando ellas desaparezcan, el Anticristo será desligado de “aquello que lo retiene”, y luego de su corta pero pavorosa época, Cristo volverá.

Por ejemplo, uno de los signos es el estado del Imperio romano, si es que podemos decir que existe, aunque de hecho existe. Es como un hombre que yace en su lecho de muerte, el cual, luego de una larga agonía, finalmente parte en el momento menos esperado, o por lo menos sin que uno sepa cuando. Uno contempla al hombre enfermo, y cada día aparece el último; sin embargo, pasa un día y otro día, uno no sabe cuándo llegará el fin; mejora, empeora, prolonga su partida, y a pesar de todo, se sabe que finalmente debe morir, que simplemente se trata de una cuestión tiempo. Así ocurre con el viejo Imperio romano, el cual actualmente yace inerte e impotente. No está muerto, mas yace en su lecho de muerte. Suponemos ciertamente que no morirá sin cierta resistencia o sin padecer convulsiones. El Anticristo se pondrá a la cabeza de él; sin embargo, en otro sentido, morirá para abrirle el camino al Anticristo, y esta última agonía, sin lugar a dudas, se va acelerando, sea cual sea el momento en que el deceso se produzca. Podrá prolongarse más allá de nuestra época, o la de nuestros hijos, pues somos creaturas de un día, y una generación es como un toque de hora de reloj, mas el Imperio se encamina a su disolución y sus horas están contadas.

23. San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis*, 15, 16-18.

24. Cfr. Rom 13, 12.

Otro signo inquietante del tiempo presente lo constituyen las connotaciones de la progresiva disolución de poder mahometano[25]. También esto podrá sobrevivir a nuestro tiempo, aunque tiende visiblemente a la aniquilación, y tal vez su desintegración indique que las arenas de la vida del mundo se van acabando.

Finalmente, si mencionar muchos otros signos que podría tomar en consideración, veamos uno particularmente remarcable. En uno de los pasajes que acabo de citar del libro del Apocalipsis, se dice que en los últimos tiempos, y en la perspectiva de la última persecución. Satanás liberado de su prisión, engañará a las naciones los confines de la tierra, Gog y Magog, y las congregará para hacer la guerra contra la Iglesia[26]. Estos nombres habían sido ya utilizados por Ezequiel, quien a su vez lo toma del décimo capítulo del libro del Génesis. Leemos en dicho capítulo que, luego del diluvio, los hijos de Jafet fueron "Gomer y Magog, y Madai, y Yaván, y Tubal, y Mésec, y Tirás."[27]. Se supone Magog es el ancestro de las naciones del norte los tártaros o escitas. Cualquiera sea la significación de Gog, siéndonos ésta desconocida, tenemos aquí una profecía en la cual se nos dice que las naciones del norte serán soliviantadas en contra la Iglesia, y las dos veces han traído consigo, o por lo menos (como el texto del Apocalipsis lo consigna), han sido arrastradas por la sugestión anticristiana, más por la seducción que por invención propia.

La primera irrupción fue la de los godos y vándalos en los primeros tiempos de la Iglesia; en este caso fueron engañados por la herejía arriana. La siguiente fue la de los turcos, quienes fueron del mismo modo seducidos por el Islam. En este caso, como en tantos otros, la historia es en parte un comentario de la profecía. Ahora bien, con esto no quiero insinuar que podamos al presente decir cómo se realizará todo esto en su plenitud, según el modo el modelo de sus prefiguraciones. Pero podemos ver bastante; podemos ver, por ejemplo, que las naciones del Norte están comenzando a reunir sus fuerzas y a posar su mirada sobre la sede del Imperio romano, como nunca lo habían hecho desde la invasión de los turcos. Aquí por lo tanto, tenemos un signo de la aparición del Anticristo, no digo de su venida inmediata o cercana, puesto que podrían no tratarse más que de un tipo o sombra de cosas pertenecientes al futuro lejano. A pesar de todo, es una preparación, una advertencia, una apelación a la consideración serena, así como una nube en el cielo (para usar el ejemplo de Nuestro Señor) no advierte acerca del tiempo[28]. No es una prueba segura de que se aproxima una tormenta, pero es prudente no quitarle el ojo de encima.

5

Esto es lo que tengo que decir acerca de la última persecución y sus signos. Y sin lugar a dudas es provechoso pensar acerca de ello, aunque estemos bastante equivocados en los detalles. Por ejemplo, tal vez después de todo no se trate de una persecución sangrienta, sino de un tipo que involucre más bien astucia y sutileza, fundada no en milagros sino en maravillas naturales y poderes desarrollados por el ingenio humano; o sea, realizaciones humanas, pero en las manos del demonio. Satanás puede utilizar las armas de mistificación más alarmantes, puede esconderse, puede intentar seducirnos en pequeñas cosas, y de ese modo desplazar a la Iglesia, no de repente, sino poco a poco, de su verdadera posición en el curso de los últimos siglos. Creo que ha alejado cada parte de la Iglesia, para un lado o para el otro, en no importa qué dirección, de la "verdad tal cual está en Jesús"[29], de la antigua fe sobre la cual fue construida antes de la división entre Oriente y Occidente. Su política es separarnos y dividirnos, arrancarnos gradualmente de la roca de nuestra fortaleza[30]. Y si debe haber una persecución, tal vez ocurra en aquel momento en que la Cristiandad esté tan dividida y tan reducida que se encuentre muy próxima al cisma y a la herejía. En aquel momento en que nos hayamos arrojado a los brazos del mundo, y le hayamos entregado nuestra independencia y nuestra fuerza, y dependamos de él para nuestra seguridad, podrá entonces arrojarse furioso sobre nosotros en la medida en

---

25. Newman no se está refiriendo aquí a la religión musulmana, sino al Imperio Otomano que ya en su época mostraba señales de decadencia. [N. del t.]

26. Cfr. Ap 20, 7-8.

27. Gen 10, 2.

28. Cfr. Lc 12, 54.

29. Cfr. Ef 4, 21.

30. Ps 61, 8.

que Dios se lo permita. Entonces súbitamente el Imperio romano podrá quebrarse, y el Anticristo aparecerá como un perseguidor y las naciones bárbaras se lanzarán al asalto. Pero todas estas cosas están en las manos de Dios y en su conocimiento, y allí debemos dejarlas.

Para concluir, sólo diré algo que me repetido varias veces: las reflexiones de este tipo pueden ser provechosas. El creer que una persecución aguda aguarda a la Iglesia puede actuar como un freno sobre nuestros corazones rebeldes y egoístas, sea que está tenga lugar en nuestros días o no. Seguramente, con esta perspectiva por delante, no nos podemos permitir el abandonarnos a pensamientos de facilismo y confort, al deseo de enriquecernos, de instalarnos o de elevarnos en el mundo. Seguramente con esta perspectiva por delante, no podemos sino pensar en ser aquello que todos los cristianos son en su verdadera condición (o por lo menos aquello que deberían de ser, aquello en que deberían fijar su voluntad, si fuesen verdaderos cristianos de corazón), o sea, peregrinos, centinelas aguardando el alba, aguardando la luz, aguzando ansiosamente nuestros ojos para percibir los primeros rayos de la mañana, esperando la venida de Nuestro Señor, Su glorioso advenimiento, cuando Él ponga fin al reinado del pecado y de la maldad, complete el número de Sus elegidos y perfeccione a aquellos que al presente luchan contra la debilidad, mas en sus corazones lo aman y lo obedecen.

¡Quiera Dios que todo esto se realice a su hora, de acuerdo a su infinita misericordia! ¡Quiera Él darnos la perseverancia a lo largo nuestro éxodo, y la paz a su término![31]

31. Este párrafo sólo se encuentra en la citada versión francesa [N. del T.].

Postscriptum

La presente exposición de la doctrina de los Santos Padres acerca del tema del Anticristo fue predicada por el autor en la forma de Sermones en el Adviento de 1835. Una notable ilustración de todo lo dicho lo constituye el siguiente pasaje extraído de una carta del Obispo de Horsley, escrita antes del comienzo del presente siglo[1].

"En los tiempos del Anticristo la Iglesia de Dios sobre la tierra, como bien podemos imaginar, verá grandemente reducido el número aparente de sus fieles, debido a la abierta deserción de los poderes de este mundo. Esta deserción comenzará por una indiferencia hacia toda forma de cristianismo, bajo la apariencia de tolerancia universal. Mas dicha tolerancia no procederá de un verdadero espíritu de caridad e indulgencia, sino de un designio de minar el cristianismo por la multiplicación y el fomento de la sectas. Dicha pretendida tolerancia irá mucho más allá de una justa tolerancia, incluso en lo que concierne a las diferentes sectas cristianas. Pues los gobiernos pretenderán ser indiferentes a todas y no darán protección preferencial a ninguna. Todas las Iglesias establecidas serán echadas a un lado. De la tolerancia de las más pestíferas herejías pasarán luego en la tolerancia del islamismo, del ateísmo, y por fin a la persecución explícita de la verdad del cristianismo. En aquellos tiempos el Templo de Dios se verá prácticamente reducido al Sancta Sanctorum, esto es, al pequeño número de verdaderos cristianos que adoren al Padre en espíritu y en verdad, y que rijan estrictamente su doctrina y su culto, y toda su conducta, por la Palabra de Dios. Los cristianos meramente nominales abandonarán la procesión de la verdad cuando los poderes del mundo lo hagan. Pienso que este trágico suceso está tipificado por la orden de San Juan de medir el Templo del Altar, y de permitir que el atrio (las iglesias nacionales) sea pisoteado por los gentiles. Los bienes del clero serán entregados al pillaje, el culto público será insultado por estos desertores de la fe que una vez profesaron, quienes no pueden ser llamado apóstatas pues nunca fueron sinceros a su profesión. Ésta no fue más que una condescendencia con la moda y la autoridad pública. En el fondo siempre fueron lo que ahora demuestran ser: paganos.

Cuando esta deserción general de la fe tenga lugar, entonces comenzará el ministerio de los dos testigos cubiertos de sayal[2] (…) No habrá nada de esplendor en la apariencia externa de sus iglesias; no tendrán apoyo del gobiernos, no tendrán honores, ni emolumentos, ni inmunidades, ni autoridad; sólo tendrán aquella que ningún poder humano puede arrebatar y que ellos reciben de Aquel que les ha encargado ser Sus testigos".

Hay razones, que no es necesario exponer aquí, para agregar que estos sermones fueron escritos hace varios años.[3].

Oxford en la fiesta de San Pedro, 1838

---

1. *British Magazine*, mayo 1834.
2. Ap 11, 3.
3. Este párrafo sólo se encuentra en la citada versión francesa [N. del T.].

Índice

Impreso en Ediciones Oeste
Luis María Campos 1592, Morón
Buenos Aires, República Argentina

Noviembre de 1999